

CIUDAD

LETRADA

(Ciudad - Letrada
en Lima y otras
provincias: S/. 2.00)

S/. 1.00

Revista mensual de literatura y arte

Director (i): Nicolas Matayoshi M. Huancayo, 01 de diciembre del año 2001 N° 014

Beatriz Pastor: Discurso narrativo de la conquista de América

David Elí Salazar

El debate sobre las visiones de los europeos a tierras americanas desde la llegada de Cristóbal Colón sigue vigente hasta nuestros días, incluso, en estos últimos años han tomado gran interés en las universidades americanas los estudios coloniales. Un texto clave para comprender este proceso es *El discurso narrativo de la conquista de América* escrito por Beatriz Pastor que parte desde una posición muy expectante, la de una visión americana al texto, una inversión en la mirada de los europeos con respecto al nuevo mundo. Voy a tratar de centrar mi lectura a partir de los tres primeros capítulos del libro *Cristóbal Colón y la definición del botín americano* que desde mi punto de vista son los más importantes.

Desde el inicio, el título pretende sintetizar las ideas de Colón sobre la imagen que construye de un mundo que desconoce y este imaginario tuvo sus antecedentes a partir de las lecturas de cuatro textos fundamentales: *Imago mundi* del Cardenal Pierre d' Ailly; *La historia natural* de Plinio; *Historia Rerum* de Aeneas Sylvius y *Viajes de Marco Polo*; cuyos estudios fueron rastreados por S.E. Morison. La autora se esfuerza por presentar detalladamente cuáles han sido los antecedentes de Colón y a partir de estas lecturas, con la ayuda de otros textos complementarios como los de Platón, Aristóteles, Ptolomeo, Marino del Tiro; construya un imaginario sobre las tierras americanas que él creía haber llegado al extremo oriental del Asia. Introduce un dato muy importante. La información que le proporciona el físico Toscanelli quien ayuda con muchos detalles sobre astrología y cosmografía y que sus correspondencias permiten la mayor confiabilidad de su proyecto. Así, Colón tiene un corpus teórico definido cuyos datos los toma como verdaderos y confiables.

En el segundo capítulo, Beatriz Pastor plantea que Colón construyó un imaginario de las tierras americanas a través de sus investigaciones lecturales anteriores y que el contacto con la realidad quebró esta imagen, pero a pesar que esa realidad del nuevo mundo le mostrara una naturaleza diferente, Colón prefirió la

deformación, reducción y ficcionalidad del mundo americano, porque se había propuesto un proyecto, un modelo imaginario al que se aferró tercamente. Toda la descripción, reducción e interpretación de la realidad americana tiene el propósito de hacer coincidir con ese proyecto de identificar América con las tierras del Asia oriental. En este afán, el almirante distorsiona la realidad, deforma el nuevo mundo; hasta cree encontrar "un paraíso terrenal" en unas tierras de las costas de Venezuela. Así, el proyecto se convierte en un modelo literario al que Colón jamás renunciará. A este esquema de trabajo, Beatriz Pastor le va a denominar la técnica de la "verificación descriptiva". Para eso, el Almirante va utilizar una serie de estrategias, como auto-denominarse el Elegido de Dios que le dará la

victoria siempre, una personalidad mesiánica que nunca fracasará y, por el contrario, cosechará victorias porque tiene el respaldo de la divina providencia.

Sin embargo, el móvil de esta empresa era ubicar a como dé lugar el oro, las piedras preciosas y especierias. Estas tenían que estar en cualquier lugar. A pesar de que no hay evidencias de la existencia del oro, Colón las mantiene latentes, porque sus cálculos y su intuición "le dicen que sí". Cada descripción que realiza de la naturaleza, de sus habitantes, de la vegetación, del lenguaje de los nativos, según la autora del texto, responde a ese modelo literario pre concebido, a tal punto de tratar de cuestionar la propia autenticidad lexical del indígena, aduciendo "equivocación" en la forma de pronunciar "correctamente" ciertas palabras nativas.



En el capítulo final del texto, la autora sostiene que hay en el discurso de Colón un afán de ficcionalización de la realidad y que este proceso da cabida a la instrumentalización de esa realidad con fines estrictamente comerciales. Colón organiza su proyecto de búsqueda de nuevas tierras con una escrupulosidad totalmente comercial. Aquí aparece la verdadera imagen del mercader genovés, cuya acción es fundamentalmente mercantilista. Los detalles abundan justificando esta hipótesis, como la necesidad de convertir a los indígenas en mercancía aptos para el comercio. Los indígenas serían vendidos a altos precios y originarían fabulosas ganancias, la trata de esclavos sería una de las propuestas más osadas de Colón en su afán de satisfacer su propio "ego" y su bienestar.

En resumen, el texto pretende demostrar que el discurso de Colón sobre las primeras imágenes del continente americano responden a un proceso de ficción más cerca de la literatura que de la realidad objetiva. Adecúa su narrativa a un proyecto que se construye anteriormente. La formación de un imaginario sobre las nuevas tierras tratando de que coincidieran con las costas orientales del Asia. Así, las primeras imágenes del mundo americano aparecerán para el lector europeo distorsionadas, manipuladas, reducidas y seleccionadas por su primer informante: Cristóbal Colón.

Los discursos colombianos

Las discusiones en torno a los estudios literarios coloniales, ha dado un vuelco en estos últimos años a raíz de la observación de varios críticos, como dijimos, especialmente aquellos afinados en Estados Unidos que privilegian los estudios coloniales. Así la noción de "literatura" se reemplaza por la de "discurso", porque el concepto de literatura se limita a ciertas prácticas de escritura, en cambio el discurso abre el terreno del dominio de la palabra y va más allá, hasta las muchas voces no escuchadas. Estamos en tiempos del estudio del discurso; pero durante mucho tiempo, los objetos de análisis en los estudios literarios eran los discursos artísticos o estéticos por naturaleza, hoy en día, se abre estas fronteras, se incluyen todo tipo de discursos que están dentro de un espacio más general: Los estudios culturales, cruzando fronteras nacionalistas, étnicas y de género. Por eso, es preferible estudiar ahora los textos no como simples narraciones históricas, y/o estéticas, sino tomar el discurso del texto como la categoría analítica pertinente.

Según Rolena Adorno, Beatriz Pastor define el discurso por su objeto declarado: la narración directa de los hechos concretos del proceso de descubrimiento, exploración y conquista de las tierras y culturas del nuevo mundo. Aquí "discurso" no se define por género, sino por modo: narrativo, no argumentativo (Pastor no toma en cuenta el aspecto dialógico de "la otra cara de la conquista" lo reconoce como un proceso paralelo y complementario a examinar)²



Entonces, partamos de un concepto muy general. La autora del texto construye un discurso que pretende examinar detalladamente la visión de un colonizador cuyo pensamiento e ideología responden al sujeto europeo de fines del siglo XV. Esta visión del europeo sobre el mundo americano es lo que le interesa, y a partir del estudio muy exhaustivo de los diarios de viajes y cartas de Cristóbal Colón, defiende una tesis cuya síntesis sería el de la invención verbal de la realidad americana. Colón, como sujeto narrador construye un mundo imaginario anterior a sus viajes, influencia de sus cuatro lecturas capitales y que a partir de la verificación en tierras americanas, sufre una frustración. El mundo imaginado no es el mundo real que constata. Sin embargo, para permitir la iniquidad y la colonización de estas tierras construye otro discurso ficcional, donde todos los elementos objetivos de la realidad son manipulados a través de la reducción, interpretación e instrumentalización de esa realidad. Así, el discurso de Colón, desde la perspectiva de Pastor, no es objetiva. Pasa por un proceso maniquero de elaboración verbal que más tiene de ficción que de realidad.

La creación del imaginario

Desde el inicio del texto, hay un rastreo detallado de cómo Colón se nutre de lecturas para elaborar su ambicionado proyecto. Los discursos de Ailly, Plinio, Sylvius y Marco Polo son tomados con "testimonios verosímiles" por lo tanto deben ser creíbles, están más cerca de la verdad que de la duda. Sobre la base de estas lecturas, Colón crea el imaginario de las tierras americanas siguiendo el modelo de sus antecesores. Desde mi punto de vista, esta apreciación es correcta. Es más, Pastor detalla algunas ideas muy acertadas sobre la base de otros estudiosos que tuvieron similar opinión, (Bartolomé de Las Casas, S.E. Morison, Edmundo O' Gorman, Fernández de Navarrete, Juan Manzano, Rolena Adorno, Francisco Carrillo etc) Con la diferencia de que Pastor es-

tudia el texto como discurso elaborado. A partir de la explicación de estos detalles, llega a la conclusión que Cristóbal Colón no fue ningún ingenuo aventurero, menos el gran descubridor, sino que sus intenciones fueron más allá. Todo un proyecto de muchos años (fracasa en su primer intento ante los portugueses) tenía que ser encubierto por otros elementos que interesen a los Reyes Católicos. Así, el carácter evangelizador se presenta como una "máscara" que justifica la explotación de los indígenas para que sean considerados como objetos mercantiles y se lleve a cabo la venta de esclavos. La humildad de sus expresiones en sus cartas y diarios esconden sus verdaderas intenciones de mercader, incluso sus desproporcionados pedidos a la corte no es más para alimentar su ego, su "yo" como "elegido" de Dios. Todas estas atribuciones bastante fundamentadas por Beatriz Pastor hacen que el texto sea un análisis muy valioso en la comprensión de la visión del europeo con respecto al nativo americano colonizado. Si algunas lecturas anteriores pretendían observar sólo el lado de la mentalidad europea de manera lineal, Pastor se ubica en la posición "del otro", el del indígena, para observar mejor los grados alarmantes de ficcionalidad, de invención de la realidad con respecto a nuestro continente. Ella, en el fondo, juzga desde la posición del americano frente al europeo, no comparte ningún delirio verbal del Almirante sobre la naturaleza y el hombre americano, con su crítica, protesta contra este discurso colombiano que aparece falso, engañoso y deformante; que a fin de cuentas, inició el proceso de colonización y contribuyó a la expansión económica Europea.

La construcción del sujeto narrador

Todo discurso es construido a partir de un sujeto. Desde la posición de Pastor, Colón es un sujeto narrador que elabora un discurso bien respaldado por su ideología mercantilista. Su proyecto es una empresa que debe producir beneficios fabulosos; por eso vale la pena el riesgo y los sacrificios. Este

narrador se preocupa, en la parte formal, de dotar a sus textos de un poder de persuasión tratando de conmover a sus destinatarios. Por eso elige a personas claves para que intercedan por él. (Ejm. Luis de Santángel, quien era amigo de Colón, y asesor o consejero de la Reina, había ayudado a conseguir el dinero para la empresa descubridora. Quizás -dirigiéndose a Santángel - era la manera más efectiva de llegar a la reina a otros interesados y a Juana de Torres) Este sujeto selecciona su narración, pacientemente escribe "lo que le interesa escribir" y no "lo que debe escribir" por eso, era cuidadoso "Colón supo llevar dos diarios de a bordo en el primer viaje: en uno apuntaba un número de millas para a los exaltados en el otro cumplía con su espíritu técnico y apuntaba las millas reales"³ este proceso selectivo de información hacen que el sujeto narrador dirija su discurso para el público europeo que vivía una efervescencia expansionista. Los escritos cumplen su papel motivador. Los supuestos triunfos en el primer viaje de este sujeto despierta la ambición de los europeos. Colón toma posesión de las tierras en nombre de Dios y de sus altezas. Esta humildad de servidor y elegido de Dios, le concede al sujeto relatar maniqueramente el resultado exitoso de su viaje, que compensa con la denominación de sus nombres (A la isla Guahananí la llama San Salvador en honor de los reyes católicos) A la que Francisco Carrillo llama "la inversión y la ofrenda"⁴ el dinero que invierten los reyes son relatados como una ofrenda, aunque realmente queda la duda que esas islas jamás fueron para provecho de los reyes.

Ahora, en un pasaje de la lectura del texto, Beatriz Pastor menciona al sujeto narrador. Aquél que Colón se construye a sí mismo, corroborados por los informes de Cuneo⁵ En verdad, Colón construye otro sujeto que se representa a sí mismo. En este proceso, lo que ocurre es la construcción de dos sujetos. Por un lado, El sujeto real Colón, crea otro sujeto que cumple la función de narrador. Se ubica al otro lado de la narración par ser observado mejor, (este esquema se cumple generalmente cuando se hacen narraciones sobre uno mismo, donde las experiencias que escribe es muy distinto a las experiencias reales) por lo tanto, el Colón que verifica, observa, recoge datos, no es el mismo Colón que ficciona, inventa, reduce e instrumentaliza al nuevo continente americano.

Algunas observaciones

Cabe resaltar el ensayo de Beatriz Pastor, valorando los muchos juicios contundentes para la comprender el proceso de colonización desde la perspectiva americana. Estas ideas ameritan el análisis y se convierten en una lectura obligada para los comprometidos en los estudios culturales. Sin embargo permítame hacer algunas observaciones al ensayo, sin el ánimo de entrar en polémica, más bien planteo algunas ideas complementarias que

enriquecerían el debate. Lo hago desde mi posición privilegiada de lector.

Hay un vacío en el texto que no ha sido tomado en cuenta y/o advertido con más detenimiento: El lenguaje de los textos colombinos. Precisamente ese lenguaje construido por el sujeto narrador toma cuerpo y fuerza. Por ejm. La primera Carta de Colón a Luis de Santángel es el primer documento ordenado que hace Colón. (15 de febrero de 1493) Allí, Colón da muestras de un cuidadoso ordenamiento de datos y de un castellano bastante fluido. Pero lo importante es que a través del lenguaje Colón se muestra con el saber propio de un gran observador. Ese lenguaje se convierte en el poder persuasivo que tratará de despertar interés y codicia. Si Pastor considera a Colón constructor de un modelo literario que llega al "delirio máximo", sin embargo no le reconoce ningún mérito de narrador que ha elaborado algunos párrafos dignos de ser rescatados. En su primera carta hay pruebas de ello: "hasta el momento no he encontrado hombres monstruosos en estas islas como muchos pensaban, sino que, por el contrario, toda es gente de muy hermoso aspecto. No son tan morenos como en Guinea y tienen el pelo liso, y no habitan donde haya exceso de calor, sin embargo, es cierto que allí el sol tiene gran fuerza, ya que dista veintiséis grados de la línea equinoccial..."⁶

Beatriz Pastor, también construye un texto sobre el discurso de Colón, por lo tanto está implícito su ideología y su estructura mental. Hay que advertir que, ella se empeña en una progresiva degradación de la personalidad de Colón a tal punto de convertirlo en un "antihéroe"; sólo al final, dedica algunas líneas positivas "humanitarias" de Colón en un texto de más de 100 páginas. Pero observa más que Colón, en la misma carta a Santángel le construye algunas imágenes positivas del hombre americano, atribuye cualidades incluso superiores al hombre europeo, algunas palabras indígenas son incorporadas a su lenguaje. (por Ejm. consigna la palabra «canoa») A



pesar del propósito de invención y distorsión de la realidad americana, hay algunas cosas reales que se filtran en su discurso: Veamos el numeral "9" de la carta a Santángel: "Tienen en todas las islas muchísimas canoas a modo de botes a remo, unas grandes, otras pequeñas. Algunas de ellas superan a una embarcación de dieciocho corridas de remeros. Sin embargo, no son tan anchas, pues se construyen de un solo tronco. Una embarcación nuestra no competiría con ellas remando, porque corren que es cosa de no creer. Van en esas canoas navegando por todas las islas, que son innumerables, y hacen su comercio. He visto algunos de estos botes con setenta y ochenta hombres cada uno con su remo"⁷ si analizamos el discurso, nos daremos cuenta que Colón atribuye cualidades muy rescatables de un mundo civilizado. A pesar que trató de bestias y gente sin civilización a los nativos americanos degradándoles progresivamente e incluso reduciéndolos a una suerte de

animalización. Sin embargo estas descripciones se filtran en el discurso general colombino como una "piedra en el zapato" que abre más perspectivas para el debate; de igual forma habla sobre la gente "de muy hermoso aspecto, no son tan morenos como en Guinea". Lo que pasa es que cada crítico selecciona su material para el propósito que se plantea. Beatriz Pastor ha seleccionado sus citas para su proyecto y ha descartado aquellos que no interesan a su plan.

Si Colón fue un hombre de su época, con todas las cargas culturales de la Europa de fines del siglo XV, entonces era producto de esa sociedad mercantilista. A Colón hay que juzgarlo como hombre de su época, no podemos hacerlo con los conocimientos y lecturas del siglo XX. Es lógico pensar que para Colón, las lecturas de sus antecesores tenían que ser tomadas como verdaderas, debían ser verosímiles, incluso los libros que leyó formaban parte de la "historia oficial" Colón

se nutrió de esas lecturas tomando los datos como creíbles, por lo tanto no deja de ser coherente con su proyecto de invención de la realidad del nuevo mundo. Por otro lado debo advertir que no pretendo aparecer como un defensor de Colón, sino que estas inquietudes puedan enriquecer el debate sobre dichos estudios.

Finalmente, Beatriz Pastor responde también a un momento histórico, «Encuentro» o «Desencuentro» de los continentes. Las tendencias críticas apuntan en este sentido, a negar los discursos de visión europea respecto a los americanos y se trata es de invertir esa visión. Si en su época, el escritor peruano Abraham Valdelomar había tenido acceso a las críticas que hoy se le hace a Colón, estoy seguro, que jamás hubiera titulado a su Revista con el nombre de "Colónida". La metáfora que construyó Valdelomar a partir de la imagen que tenía de Colón era la del "gran descubridor de universos nuevos" y no del Colón que inventó una realidad distorsionada.

Notas

¹ Beatriz PASTOR. *El discurso narrativo de la conquista de América*. Edición Casa de Las Américas. La Habana 1993.

² ADORNO, Rolena. *Nuevas perspectivas en los estudios literarios coloniales Hispanoamericanos*. Revista de Crítica Literaria Latinoamericana Año XIV N° 28 Lima 1988 pág. 12-28

³ DE LAS CASAS Bartolomé. *Historia general de las Indias*. Citado por Francisco Carrillo en *Del inicio de la Iniquidad en la literatura hispanoamericana*. Revista de crítica Literaria, N° 3 Lima 1976 pág. 15-23

⁴ CARRILLO Francisco Op. Cit. Pág. 16

⁵ "Cuneo afirma que "después de descansar durante varios días en el campamento, creyó el Almirante que ya era hora de llevar a la práctica su deseo de descubrir oro, que era el motivo principal por el se había embarcado en un viaje tan largo y lleno de peligros" Texto de Beatriz Pastor Pág. 70

⁶ Carta de Cristóbal Colón a Luis de Santángel. 15 de febrero de 1493. Versión al español moderno. En *Taller de letras modernas* n° 20. Lima 1986

⁷ Carta de Colón a Santángel op. Cit.

Carta de nuestro Director

Quedo infinitamente agradecido por la iniciativa ésta que supieron ocultármelo Uds. hasta el último dedicándome el N° 13. Mi especial agradecimiento a Uds. Nicolas Matayoshi, Abel Montes de Oca, Carolina Ocampo, Ricardo Soto, Sandro Bossio, Sergio Castillo, Flor de María Rodríguez y Ana Espejo. Igualmente quisiera que le hagan llegar mi reconocimiento a Hugo Orellana, Florentino Cabrera, Enrique Aquino, Pedro Gonzales, Carlos Flores y en fin, a las personas que han contribuido en la ilustración de la revista. Igualmente a Ferrer Maizondo, Juan José García, Carlos E. Zavaleta, Abelardo Oquendo, Zein Zorrilla, Washington Delgado; Carlos Zúñiga, Jesús Cabel, Luis Gallegos, Rosina Valcárcel, Martha Cuba, Víctor Ladera, José Oregón, Óscar Colchado, Héctor Meza, Félix Huamán, entre otros más.

Vejo que bien han logrado mantener el estilo que le hemos dado a la revista siempre, esto me complace mucho, porque más adelante podrían Uds. continuar con este hermoso proyecto.

Entre tanto un abrazo fraterno y cariñoso para Uds. y todos los buenos amigos.

Atentamente.

Manuel J. Baquerizo

Nos escriben

"... Les escribo desde Chimbote, Perú, para felicitarlos por su magnífica publicación... Así como Uds. Amo la literatura a ultranza, me fascina todo eso. espero respuestas tuyas, su amigo..." Augusto Rubio (Chimbote)

"Estimado amigo Manuel Baquerizo: Quiero saludarte a ti, a tu editor y colaboradores por el primer aniversario de tu extraordinaria publicación. Deseo que en el futuro celebren muchos más para que sigamos disfrutando de su lectura y se estimule el ambiente cultural de Huancayo y la Región Andrés Bello. Un abrazo..." Enrique Cairo Luna. (Huancayo)

"... Saludos Sr. Manuel Baquerizo, le escribe Christian Reynoso Torres desde la ciudad de Puno, he hojeado el último número de Ciudad Letrada 12, veo que hay bastante información de la literatura puneña; igualmente tengo algunos anteriores..." Christian Reynoso Torres (Puno)

"... Pela presente, solicitamos de v.sas; que nos envíe de forma cordial a revista Ciudad Letrada, para a nosso Grupo de Estudos, visto que somos de uma comunidade Espírita Kardecista, e nossos estudantes, estudam todas as materias de Jornais e Revistas para debatem. Após lida e estudadas, as revistas são colocadas na biblioteca para que os emigrantes de nossa casa transitoria possam ler... Desde já agradecemos..." Joao Zamoner, Grupo de Estudos Esp. Manoel F. Miranda: Rio Claro - Est. São Paulo Brasil

"... Con el deseo ferviente que su salud ya se haya restablecido o esté en vías de hacerlo, quiero manifestarle mi gratitud por la excelente Revista que esta Ud. editando, con un grupo, que se nota muy sólido..." ZELIDETH. (Lima)

"... Acabo de enterarme de la existencia de La Ciudad Letrada, vi varios números y me impresionó la calidad de la revista..." Dr. Silvia Nagy-Zekmi, Associate Professor Hispanic Studies, State University of New York

Los tres jircas

Enrique López Albújar

Marabamba, Rondos y Paucarbamba.

Tres moles, tres cumbres, tres centinelas que se yerguen en torno de la ciudad de los CABALLEROS de LEON de HUANUCO. Los tres jirca yayag que llaman los indios.

Marabamba es una aparente regularidad geométrica, coronada de tres puntas, el cono clásico de las explosiones geológicas, la figura menos complicada, más simple que afectan estas moles que viven en perpetua ansiedad de altura; algo así como la vela triangular de un barco perdido entre el oleaje de este mar pétreo llamado los Andes.

Marabamba es a la vez triste y bello, con la belleza de los gigantes y la tristeza de las almas solitarias. En sus flancos graníticos no se ve ni el verde de las plantas, ni el blanco de los vellones, ni el rojo de los tejados, ni el humo de las chozas. Es perpetuamente gris, con el gris melancólico de las montañas muertas y abandonadas. Durante el día, en las horas de sol, desata todo el orgullo de su fiereza, vibra, reverbera, abrasa, crepita. El fantasma de la insolación pasa entonces por sus flancos. En las noches lunares su tristeza aumenta hasta reflejarse en el alma del observador y hacerle pensar en el silencio trágico de las cosas. Parece un predestinado a no sentir la garra inteligente del arado, ni la linfa fecundante del riego, ni la germinación de la semilla bienhechora. Es una de esas tantas inutilidades que la naturaleza ha puesto delante del hombre como para abatir su orgullo o probar su inteligencia. Mas quién sabe si Marabamba no sea realmente una inutilidad, quién sabe si en sus entrañas duerme algún metal de esos, que la codicia insaciable del hombre transformará mañana en moneda, riel, máquina o instrumento de vida o muerte...

Rondos es el desorden, la confusión, el tumulto, el atropellamiento de una fuerza ciega y brutal que odia la forma, la rectitud, la simetría. Es la crispatura de una ola hidrópica de furia, condenada perpetuamente a no saber del espasmo de la ola que desfallece en la playa. En cambio es movimiento, vida, esperanza, amor, riqueza. Por sus arrugas, por sus pliegues sinuosos y profundos el agua corre y se bifurca, desgranando entre los precipicios y las piedras sus canciones cristalinas y monótonas; rompiendo con la fuerza demolidora de su empuje los obstáculos y lanzando sobre el valle, en los días tempestuosos, olas de fango y remolinos de piedras enormes, que semejan al galope aterrador de una manada de paquidermos enfurecidos...

Rondos, por su aspecto, parece uno de esos cerros artificiales y caprichosos que la imaginación de los creyentes levanta en los hogares cristianos en la noche de Navidad. Véase allí cascadas cristalinas y parleras; manchas de trigales verdes y dorados; ovejas que puecen lentamente entre los riscos; pasturas que van hilando su copo de lana enrollado, como ajorca, al hazo, grutas tapizadas de helechos, que lloran eternamente lágrimas puras y transparentes como diamantes; toros que restregan sus cuernos contra las rocas y desfogan su impaciencia con alaridos entrecortados; bueyes que aran resignados, lacrimosos, lentos y pensativos cual si marcharan abrumados por la nostalgia de una potencia perdida; cabras que triscan indiferentes sobre la cornisa de una escarpadura escalofriante; árboles cimbrados por el peso de dorados y sabrosos frutos; *maitales* que semejan *cuadras de indios empenachados*; cactus que parecen hidras, que parecen pulpos, que parecen boas.

Y en medio de todo esto, la nota humana, enteramente humana, representada por casitas blancas y rojas, que de día humean y de noche brillan como faros escalonados en un mar de tinta. Y hasta tiene una iglesia, decrepita, desvencijada, a la cual las inclemencias de las tempestades y la incuria del indio, contagiado ya de incredulidad, va empujando inexorablemente a la disolución. Una vejez que se disuelve en las aguas del tiempo.

Paucarbamba, no es como Marabamba ni como Rondos, tal vez porque no pudo ser como éste o porque no quiso ser como aquél. Paucarbamba es un cerro áspero, agresivo, turbulento, como forjado en una hora de soberbia. Tiene arguismientos satánicos, actitudes amenazadoras, gestos de piedra que anhela tritular carnes, temblores de levitación furioso, repliegues que esconden abismos traidores, crestas que retan al cielo. De cuando en cuando verdea y florece y alguna de sus arterias precipita su sangre blanca en el llano. Es de los tres el más escarpado, el más erguido, el más soberbio. Mientras Marabamba parece un gigante sentado y Rondos un gigante tendido y con los brazos en cruz, Paucarbamba parece un gigante de pie, ceñudo y amenazador. Se diría que Marabamba piensa, Rondos duerme y Paucarbamba vigila.

Los tres colosos se han situado en torno de la ciudad, equidistantemente, como defensa y amenaza a la vez. Cuando la niebla intentaba bajar al valle en los días grises y fríos, ellos con sus sugerencias misteriosas, la atraen, la acarician, la entretienen y la adormecen para después, con manos invisibles ma-

nos de artifice de ensueños- hacerse turbantes y albornoces colares y coronas. Y ellos son también los que refrenan y encausan la furia de los vientos montañeses, los que entibian las caricias cortantes y traidoras de los vientos pueños y los que en las horas en que la tempestad suelta su jauría de truenos desvían hacia sus cumbres las cóleras flagelantes del rayo.

Y son también amenaza, amenaza de hoy, de mañana, de quién sabe cuándo. Una amenaza llamada a resolverse en convulsión, en desmoronamiento, en catástrofe. Porque ¿quién puede decir que mañana no proseguirán su marcha? Las montañas son caravanas en descanso, evoluciones en tregua, cóleras refrenadas, partos indefinidos. La llanura de ayer es la montaña de hoy, y la montaña de hoy será el abismo o el valle de mañana.

Lo que no sería extraño. Marabamba, Rondos y Paucarbamba tienen geológicamente vida. Hay días en que murmuran, en que un tumulto de voces interiores pugna por salir para decirle algo a los hombres. Y esas voces no son las voces argentinas de sus metales yacientes, sino voces de abismo, de oquedades, de gestaciones terráqueas, de fuerzas que están buscando en un dislocamiento el reposo definitivo.

Por eso una tarde en que yo, sentado sobre un peñón del Paucarbamba, contemplaba con nostalgia de llanura, cómo se hundía el sol tras la cumbre del Rondos, al levantarme, excitado por el sacudimiento de un temblor, Pilco, el indio más viejo, más taimado, más supersticioso, más rebelde, en una palabra, más incaico de Llicua, me decía, poseído de cierto temor solemne:

Jirca-yayag bravo. Jirca-yayag, con hambre, taita.

¿Quién es *Jirca-yayag*? Paucarbamba, *taita*. Padre Paucarbamba pide *orejtas*, *caca*, *biscochos*, *confites*.

«Ah, Paucarbamba come como los hombres y es goloso como los niños! Quiere *confites* y *biscochos*».

«Ah, *taita*. Cuando pasa mucho tiempo sin comer, Paucarbamba *piñahcaicam*. Cuando come, *cahuacacam*».

«No voy entendiéndole, Pilco. *Piñahcaicam*, malhumor; *cahuacacam*, alegría, *taita*».

«Pero tú crees de buena fe, Pilco, que los cerros son como los hombres?»

«Ah, *taita*. *Jircas* comen; *jircas* hablan; *jircas* son dioses. De día piensan, murmuran o duermen. De noche andan. Pilco no mirar noche *jircas*; hacen daño. Noches nubladas *jircas* andar más, comer más, hablar más. Se juntan y conversan. Si yo te contara, *taita*, por qué *jircas* Rondos, Paucarbamba y Marabamba están aquí...»

II

Y he aquí lo que me contó el indio más viejo, más taimado, más supersticioso y más rebelde de Llicua, después de haberme hecho andar muchos días tras de él, de ofrecirme dinero, que desdeñó señorilmente, de regalarme muchos puñados de coca y de prometerme, por el alma de todos los *jircas* andinos, el silencio para que su leyenda no sufriera las profanaciones de la lengua del blanco; ni la cólera implacable de los *jircas* Paucarbamba, Rondos y Marabamba. «Sobre todo, me dijo con mucho misterio, que no lo sepa Paucarbamba. Vivo al pie, *taita*.»

«*Maray*, *Runtus* y *Páucar* fueron tres guerreros venidos de tres lejanas comarcas. *Páucar*, vino de la selva; *Runtus*, del mar; *Maray*, de las punas. De los tres, *Páucar* era el más joven y *Runtus*, el más viejo. Los tres estuvieron a punto de chocar un día, atraídos por la misma fuerza: el amor. *Pilco-Rumi*, curaca de la tribu de los *pillcos*, después de haber tenido hasta cincuenta hijos, todos varones, tuvo al fin una hembra, es decir, una *orcama*, pues no volvió a tener otra hija. *Pilco-Rumi* por esta circunstancia puso en ella todo su amor, todo su orgullo, y su amor fue tal que a medida que su hija crecía iba considerándola más digna de Pachacámac que de los hombres. Nació tan fresca, tan exuberante, tan bella que la llamó desde ese instante *Cori-Huayta*. Y *Cori-Huayta* fue el orgullo del curacazgo, la ambición de los caballeros, la codicia de los sacerdotes, la alegría de *Pilco-Rumi*, la complacencia de Pachacámac. Cuando salía en su litera a recoger flores y granos para la fiesta del *Raymi*, seguida de sus doncellas y de sus criados, las gentes se asomaban a las puertas para verla pasar y los caballeros detenían su marcha embelesados, mirándose después, durante muchos días, recelosos y mudos».

Pilco-Rumi sabía de estas cosas y sabía también que, según la ley del curacazgo, su hija estaba destinada a ser esposa de algún hombre. Si la esterilidad era considerada como una maldición entre los *pillcos*, la castidad voluntaria, la castidad sin voto, era tenida curro un signo de orgullo, que debía ser

abatido, su pena de ser sacrificada la doncella a la cólera de los dioses. Y la ley de los *pillcos*, prescribía que los varones debían contraer matrimonio a los veinte años y las mujeres a los dieciocho. *Pilco-Rumi* no estaba conforme con la ley. *Pilco-Rumi* sintió rebeldías contra ella y comenzó a odiarla y a pensar en la manera de eludirla. Según él, *Cori-Huayta* estaba por encima de la ley. La ley no se había puesto en el caso de que un padre que tuviera una *orcama* habría necesariamente de casarla. Cuando se tiene varias hijas, bien pueden cederse todas, menos la elegida por el padre para el cuidado de su vejez. Y cuando se tiene una como *Cori-Huayta*, pensaba *Pilco-Rumi*, todos los hombres sumados no merecen la dicha de poseerla.

Pilco-Rumi, que, además de padre tierno, era hombre resuelto y animoso, juró ante su padre el sol que *Cori-Huayta* no sería de los hombres sino de Pachacámac.

III

Y llegó el día en que *Pilco-Rumi* debía celebrar en la plaza pública el matrimonio de todos los jóvenes aptos según la ley.

La vispera, *Pilco-Rumi* había llamada a su palacio a *Rucacanca*, el gran sacerdote, a *Karu-Ricag*, el más prudente de los *amanatas*, para consultarles el modo de eludir el cumplimiento de la ley matrimonial.

El *amanata* dijo: «La sabiduría de un curaca está en cumplir la ley. El que mejor la cumple es el más sabio y el mejor de sus súbditos».

Y el gran sacerdote, que no había querido ser el primero en hablar:

«Sólo hay dos medios: Sacrificar a *Cori-Huayta* o dedicarla al culto de nuestro padre Sol».

Cori-Huayta se apresuró a objetar: «*Cori-Huayta* cumplirá mañana dieciocho años; ha pasado ya de la edad en que una doncella entra al servicio de Pachacámac».

Para nuestro Padre (repuso *Rucacanca*) todas las doncellas son iguales. Sólo exige juventud.

Y el gran sacerdote, a quien *Cori-Huayta*, desde dos años atrás, venía turbándole la quietud, hasta hacerle meditar horribles sacrilegios, y que parecía leer en el pensamiento de *Pilco-Rumi*, añadió:

No hay hombre en tu curacazgo digno de *Cori-Huayta*.

El *amanata*, que a su vez leía en el pensamiento de *Rucacanca*, intervino gravemente:

«La belleza es fugaz; vale menos que el valor y la sabiduría. Un joven sabio y valiente puede hacer la dicha de *Cori-Huayta*».

Ante tan sentencioso lenguaje, que significaba para *Rucacanca* un reproche y para *Pilco-Rumi* una advertencia, aquél, disimulando sus intenciones, replicó:

«Mañana a la hora de los sacrificios lo consultaré en las entrañas del llama».

Y mientras *Rucacanca*, ceñudo y solemne, salía por un lado y *Karu-Ricag*, tranquilo y grave, por otro, *Pilco-Rumi* con el corazón apretado por la angustia y la esperanza, quedábase meditando en su infelicidad.

Por eso en la tarde del día fatal, en tanto que el regocijo popular se difundía por la ciudad y en la plaza pública los corazones de los caballeros destilaban la miel más pura de sus alegrías; y los guerreros, coronados de plumas tropicales, en pelotones compactos, esgrimían sus picas de puntas y regatones relucientes, balanceaban los arcos, blandían las macanas cabezudas, restregaban las espadas y las flechas, rastallaban las bondas y batían las banderas multicolores; y los *haravicas*, estacionados en los tres ángulos de la plaza cantaban sus más tiernas canciones eróticas al son de los cobses estridentes; y las futuras esposas, prendidas en rubor, coronadas de flores, enroscadas las gargantas por collares de *guayros* y cuentas de oro, y envueltas en albas túnicas flotantes, giraban lentamente, cogidas de las manos, en torno de la gran piedra de los sacrificios; y *Cori-Huayta*, ignorante de su destino, esperaba la hora de los desposorios; *Pilco-Rumi* de pie sobre el torreón del occidente, los brazos aspidados sobre el pecho; la curva y enérgica nariz dilatada y palpitante, la boca contraída por una crispatura pie soberbia y resolución y la frente surcada por el arado invisible de su pensamiento sombrío, encarando al sol el rojizo rostro, como en una interrogación al destino, hacía esta invocación, mezcla de impiedad y apóstrofe:

«¿Podrán los hombres más que Pachacámac? ¿No querrás, tú, Padre Sol, cegar con tus ojos los ojos de aquel que pretenda posarlos en los encantos de *Cori-Huayta*? ¿No podrás tú hacerles olvidar la ley a los sabios, a los sacerdotes, a los caballeros? Quiero que *Cori-Huayta* sea la alegría de mi vejez; quiero que en las mañanas, cuando tú sales y vienes a bañar con el oro de tus rayos bienhechores la humildad de mi templo, *Cori-Huayta*, sea la primera que se bañe en

ellos, pero sin que los hombres encargados de servirle la contemplan, porque se despertaría en ellos el irresistible deseo de poseerla. *Cori-Huayta* es, señor, digna de ti. ¡Librala de los deseos de los hombres!»

Y *Pilco-Rumi*, más tranquilo después de esta invocación, volviendo el rostro hacia la multitud, que bullía y clamoreaba más que nunca, clavó en ella una indefinida mirada de desprecio. Y al reparar en *Rucacanca*, que en ese instante, con un gran espejo cóncavo, de oro bruñido, recogía un haz de rayos solares para encender el nevado copo de algodón del que había de salir el fuego sagrado para los sacrificios, levantó el puño como una maza, escapó al aire y del arco de su boca salió, como flecha envenenada, esta frase: «*Cori-Huayta* no será tuya, traidor. Yo también, como *Karu-Ricag*, adiviné ayer tu pensamiento. Primero mataré a *Cori-Huayta*».

Pero *Sapry*, el espíritu malo, que anda siempre apedreando las aguas de toda tranquilidad y de toda apedreando las aguas de toda tranquilidad y de toda dicha para gozarse en verlas revueltas y turbias, comenzó por turbar el regocijo público. Repentinamente emudecieron las canciones y los cobses musicales, pararon las danzas, se levantaron azorados los *amanatas*, temblaron las doncellas, se le escapó de la diestra al gran sacerdote el espejo cóncavo, generador del fuego sagrado, y la multitud prorrumpió en un inmenso alarido que hizo estremecer el corazón de *Cori-Huayta*, al mismo tiempo que, señalando varios puntos del horizonte, gritaba: «¡Enemigos! ¡Enemigos! ¡Venid por nuestras doncellas. ¿Dónde está *Pilco-Rumi*? ¡Defiéndenos, *Pilco-Rumi*! ¡Pachacámac, defiéndenos!»

Eran tres enormes columnas de polvo, aparecidas de repente en tres puntos del horizonte, que parecían tocar el cielo. Avanzaban, avanzaban... Pronto circuló la noticia. Eran *Maray*, de la tribu de los *pasacas*; *Runtus*, de las de los *huaytas*, y *Páucar*, de las de los *panaguas*, la más feroz y guerrera de las tribus. Cada uno había anunciado a *Pilco-Rumi* su llegada el primer día del equinoccio de primavera, con el objeto de disputar la mano de *Cori-Huayta*, anuncio que *Pilco-Rumi* desdeñó, confiado en su poder y engañado por las predicciones de los augures.

Los tres llegaban seguidos de sus ejércitos; los tres habían caminado durante muchos días, salvando abismos, desafiando tempestades, talando bosques, devorando llanuras. Y los tres llegaban a la misma hora, resueltos a no ceder ante nadie ni ante nada. *Runtus*, durante el viaje, había caminado pensando: «Mi vejez es sabiduría. La sabiduría herosea el rostro y sabe triunfar de la juventud en el amor». Y *Maray*: «La fuerza impone y seduce a los débiles. Y la mujer es débil y ama al fuerte». Y *Páucar*: «La juventud lo puede todo; puede lo que no alcanza la sabiduría y la fuerza».

Entonces *Pilco-Rumi*, que desde el torreón de su palacio había visto también aparecer en tres puntos del horizonte las columnas de polvo que levantaban hasta el cielo los ejércitos de *Runtus*, *Páucar* y *Maray*, comprendió a qué venían, y en un arranque de suprema desesperación, exclamó, invocando nuevamente a Pachacámac: «Padre Sol, te habla por última vez *Pilco-Rumi*. Abrasa la ciudad, inunda el valle, o mata a *Cori-Huayta* antes de que yo pase por el horror de matarla».

Ante esta invocación, salida de lo más hondo del corazón de *Pilco-Rumi*, Pachacámac, que, desde la cima de un arco iris, había estado viendo desdeñosamente las intrigas de *Sapry*, empeñado en producir un conflicto y ensangrentar la tierra, cogió una montaña de nieve y la arrojó a los pies de *Páucar*, que ya penetraba a la ciudad, convirtiéndose al caer en bullicioso río. *Páucar* se detuvo. Después lanzó otra montaña delante de *Maray*, con el mismo resultado, y *Maray* se detuvo también. Y a *Runtus*, que, como el menos impetuoso y el más retrasado, todavía demoraba en llegar, se limitó a tirarle de espaldas de un soplo. Luego clavó en cada uno de los tres guerreros la mirada y convirtiéndolos, junto con sus ejércitos, en tres montañas gigantes. No satisfecho aún de su obra, volvió los ojos a *Cori-Huayta*, que asustada, había corrido a refugiarse al lado de su padre, y mirándola amorosamente exclamó: «¡*Huallucay*! Y *Cori-Huayta*, más hermosa, más exuberante, más seductora que nunca, cayó fulminada en los brazos de *Pilco-Rumi*».

Ante tal cataclismo, la tribu de los *Pillcos*, aterranzada huyó, yendo a establecerse en otra región, donde fundó una nueva ciudad con el nombre de *Huallucay*, o *Hualluco*, en memoria de la gran voz imperiosa que oyeran pronunciar a Pachacámac.

Desde entonces *Runtus*, *Páucar* y *Maray* están donde los sorprendió la cólera de Pachacámac, esperando que ésta se aplaque, para que el *Huallago* y el *Higuera* tornen a sus montañas de nieve y la hija de *Pilco-Rumi* vuelva a ver la *Flores de Oro* del gran valle primaveral de los *pillcos*. (Cuentos Andinos 1920)

Los tres jircas: La leyenda de ayer y la realidad de hoy

Andrés Jara Maylle

Nuestros antepasados, incas y preincas, nos han transmitido un rico legado de tradición creativa, sobre todo a través de mitos, leyendas y otros relatos en los que salta a la vista un alto nivel de imaginativo y creativo con todas las complejidades, simbolizaciones y metaforizaciones de las que están dotadas las narraciones modernas. En las leyendas, por ejemplo, podemos encontrar tramas épicas, dramáticas, sentimentales, trágicas, es decir, todos los elementos subyacentes en la compleja psicología humana. Y "Los tres jircas" es una leyenda surgida no se sabe cuándo, pero consolidada por nuestros ancestros asentados en estos lares, en base al temor a los dioses tutelares, y a los naturales es una confluencia del temor a lo incógnito y la admiración a lo palpable; respeto a las presencias físicas y ausencias divinas; así llega hasta nosotros.

López Albújar en Huánuco

En la mañana del viernes 2 de febrero de 1917, bajo un hipócrita sol limeño, don Enrique López Albújar partió rumbo a Huánuco, el gobierno de José Pardo lo había nombrado Juez del recién creado Juzgado de Primera Instancia. Tomó el tren que en fatigosa ansia por ganar altura lo conduciría hasta Cerro de Pasco, y luego durante dos o tres jornadas a lomo de mula, llegó al principal valle de Huánuco. Antes, tuvo que vencer las dificultades que imponen la colosal cordillera de los Andes, las profundas y estrechas quebradas, los llanos incommensurables y los caprichosos y astillados riscos andinos.

Una vez en esta ciudad, reinició su carrera como juez, pero al mismo tiempo estuvo atento y a la caza de historias y anécdotas, pues esta ciudad resultó altamente proficua para ampliar su exitosa carrera literaria.

En 1920, mientras que en España Juan Ramón Jiménez y Unamuno publicaban "Segunda antología poética" y "Tres novelas ejemplares", respectivamente y en Guatemala José Santos Chocano estaba a punto de ser fusilado; en Lima, Enrique López Albújar publicaba su libro que a la postre le permitiría pasar al salón de la fama por méritos propios: "Cuentos Andinos", una colección de diez relatos, todos ellos con ambiente, personajes y tramas íntimamente ligados a Huánuco, donde el autor había radicado aproximadamente durante seis años.

Precisamente el cuento con el que se inicia el libro, tiene el título de "Los tres jircas", bella adaptación creativa que tiene como base una antigua leyenda que ha llegado hasta nosotros gracias a la memoria colectiva que vive el pasado con su grandeza infinita.

«Los tres jircas», como leyenda, explica en relación la presencia de las tres montañas que de manera equidistante rodean a la ciudad de Huánuco: Paucarbamba, Rondos y Marabamba, que según José Varallanos, dicha leyenda intentaría explicar las sucesivas invasiones de las tribus extrañas al acogedor valle del Pillico. Pero razones más, razones menos, observando y contemplando con ojos escrutadores y mente imaginativa, el resultado puede ser diametralmente opuesto a la simple conjetura histórica.

López Albújar, hace más de ochenta años, contemplaba estas gigantes moles y concibió, basándose obviamente en la leyenda que habría escuchado; son bellísimas descripciones topográficas que lo leemos como campanadas nítidas y exactas, haciendo que asomemos la vista por la ventana, subamos a nuestras azoteas y contemplemos también al sur, este y oeste el paisaje que inspiró la



desbordante creatividad del escritor chichlayano. Pero como el tiempo es cruelísimo y puede injuriar la imaginación más pura, veamos pues el ayer y el hoy, el pasado y el presente de Paucarbamba, Rondos y Marabamba, a riesgo de ofender la soberbia prosa de nuestro escritor.

Marabamba, Rondos y Paucarbamba

"Tres moles, tres cumbres, tres centinelas que se yerguen en torno a la ciudad de los caballeros de León de Huánuco. Los tres jircas-yayag que llaman los indios". Con estas palabras López Albújar nos presenta y noticia sobre estas cumbres tutelares. Sobre Marabamba nos regala estas pinceladas: "... es a la vez triste y bello, con la belleza de los gigantes y la tristeza de las almas solitarias. En sus flancos graníticos no se ve el verde de las plantas, ni el blanco de los vellones, ni el rojo de los tejados, ni el humo de las chozas". Desde antes Marabamba, está signado desde antes a la aparente esterilidad, al aparente rechazo a la vida, y nuestro autor se compadece: "... Parece un predestinado a no sentir la garra inteligente del arado, ni la linfa fecundante del riego, ni la germinación de la semilla bienhechora".

Desde su punto de observación dirige la mirada hacia Rondos y reflexiona, con crítica agria pero reconociendo a la vez, las bondades de esta caprichosa geografía: "... es el desorden —dice sobre Rondos— la confusión, el tumulto, el atropellamiento de una fuerza ciega y brutal que odia la forma, la rectitud, la simetría... En cambio es movimiento, vida, esperanza, amor, riqueza". Y es que Rondos es eso y mucho más. Aquí por los breves y estrechos senderos que se bifurcan perdiéndose en sus pliegues o en sus cumbres está presente la vida y así se destaca en el cuento: "... La nota humana, enteramente humana, representada por casitas blancas y rojas, que de día humean y de noche brillan como faros escalonados en un mar de tinta".

Sobre Paucarbamba el autor parece desplegar con más ahínco su poderosa imaginación y le entrega (nos entrega, sería mejor) descripciones que en más de dieciséis lustros después no han sido igualadas. "Paucarbamba es un cerro áspero, agresivo, turbulento, como forjado en una hora de soberbia. De cuando en cuando verdea y florece... Es de los tres el más escarpado, el más erguido, el más soberbio". Describe

pues con brillantez clásica a este cerro por donde día a día aparece el sol antes de comenzar su ciclo perpetuo hacia el oeste; parece percibirse en la descripción, que el autor guarda por Paucarbamba un respeto abierto o un temor arcano.

En admirable síntesis concluye:

"Mientras Marabamba parece un gigante sentado y Rondos un gigante dormido y con los brazos en cruz, Paucarbamba parece un gigante de pie, ceñudo y amenazador", y agrega esta sabia sentencia: "Se diría que Marabamba piensa, Rondos duerme y Paucarbamba vigila".

Para entonces, Huánuco tenía dimensiones pueblerinas cuyos límites no excedían los cuatrocientos metros a la redonda en relación al punto eje que es la Plaza de Armas; el damero huanuqueño estaba inundado por la fragancia de los cafetos, chirimoyos, guayabos, naranjos y otros árboles frutales; sobre el Huallaga se tendía sólo el puente «Calicanto», fuerte y sereno, soportando la furiosa arremetida de las aguas y la ciudad estaba rodeada de campos ubérrimos. Así, a la distancia, teniendo a los bosques como barreras, Marabamba, Rondos y Paucarbamba, efectivamente, parecían más soberbios, más colosales, más indomeñables, incluso, también, más solitarios, condenados allí por la justiciera cólera de los dioses.

Eso es lo que decía López Albújar acerca de estas cumbres a inicios del siglo XX. La realidad de hoy es otra, y acaso, si él se sentara en las faldas del Llicu a contemplar nuevamente estos cerros su visión sería diferente, su contemplación sería menos nostálgica y sus descripciones manifestarían esa sequedad y ese desorden que hoy se evidencia al pie del Marabamba, Rondos y Paucarbamba.

Los tres jircas, hoy

Ahora, Paucarbamba es otro, el inmenso llano ubicado a sus pies se ha convertido en capital de un distrito (y todavía metropolitano), las gentes tratan de acomodarse en casuchas miserables rodeando a este cerro, los bosques de guarangos y chunás que prosperaban en sus faldas están desapareciendo paulatinamente. Nunca más Paucarbamba contemplará el verdor de la caña tierna, la floración en albura de los cafetos, el oro encendido de los naranjos; si ahora algo "florece" allí es el gris del frío cemento. Contemplará, eso sí, ya no uno, sino tres puentes de acerada dureza a través de los cuales

cruzan gentes y automóviles, cosa no vista en 1920. Y así Paucarbamba, que un día según la leyenda, vino impetuoso desde la profundidad de la selva por el amor y la belleza de Cori Huayta, Flor de Oro.

Rondos, por su lado, sigue descansando, y cuando por fin despierte contemplará atónito que este valle, que vio por última vez antes de que la furia del Dios Pachacámac lo aventara con un poderoso soplo, ya no es el mismo. Ahora desde su base, cuesta arriba, serpentea una angosta carreterita como construida con desdén y apatía a través de la cual, esporádicamente, transita algún vehículo que al bajar trae ilusiones y al subir lleva corazones en frustración. También comprenderá su inevitable destino, pues por ambos flancos, es decir, por las faldas del Jactay y de La Florida, e incluso, por sus mismos pies, las gentes hacen trepar en descontrolada competencia e intentando vivir.

Arriba, mientras tanto, casi todo sigue igual. Muchas de las casitas que encandilaron de día y de noche la imaginación del juez-escritor, aún continúan allí, retando, más que al tiempo, al abandono. Porque incluso, hoy raramente se ven los verdes maizales, el oleaje de los trigales en las tardes de marzo, la vida misma cada vez se va opacando. Es que en Rondos el agua ya no "corre y se bifurca, desgranando entre los precipicios y las piedras sus canciones cristalinas y monótonas". Los "ojos" de Rondos ya no entregan sus lágrimas convertidas en agua vivificante a sus sedientas tierras, las entrañas de este coloso se están secando a tal punto que incluso los tornasolados picaflores, los astutos zorros, las imperdonables killiesas, los pacientes dominicos, las chillonas perdices y el hombre mismo, dan las espaldas y parten, silenciosos, hacia destinos y horizontes inciertos.

Quizás porque piensa y se encuentra al tanto de los aconteceres, Marabamba es el que menos alteraciones ha sufrido por la depredadora mano del hombre y del tiempo. Allí está frente a nosotros observándonos, casi como retándonos. Es cierto, no tiene el verdor de la vida, no siente "la garra inteligente del arado", seguirá siendo únicamente una mole gigante y gris, pero su orgullo de integridad, de sabio en reposo, está incólume, no ha padecido las vejaciones que sintieron Rondos y Paucarbamba, sólo atina a mirar impertérrito a esta ciudad que se ahoga en sus miserias.

En las tardes con cielo nítido y sol intenso, desde Cayhuayna, las personas levantan la mirada hacia su empinada falda y constatan que allí está en reposo inmemorial su más antiguo viajero: el Pillico Mozo. Más abajo, cerca al llano marabambino, recientemente se han permitido horadar su piel para hacer que el agua traída de otros lares humedezca sus áridas lomas.

Estas tres cumbres están allí, de alguna manera unidas, por un mismo destino mirándose y soportándose desde quién sabe cuándo por los caprichos de una circunstancia; porque vinieron hasta este cada vez más caluroso valle, desde el mar, la selva y la puna, atraídos por una misma fatalidad: el amor de Cori Huayta, Flor de Oro, Princesa de los Pillicos. Y estarán allí hasta que el designio de los dioses que los petrificaron digan lo contrario, o hasta que los hombres en su alocada carrera por trepar sus cuevas terminen por anularlas encasquetando sus superficies, convirtiéndolas en silencio total o en guardia del bullicio.

Creación andina

Identidad e Integración

Miguel Garnett Johnson

Hace poco, me encontraba caminando por un típico camino escabroso en las cercanías del río Marañón. Pasaron las horas y, para aliviar en algo los dolores del cuerpo y matar el hambre, me puse a pensar en el tema de «La Creación Andina». En sí, la expresión puede abarcar todo un abanico de actividades creativas, pero, en este caso, nos limitaremos a la creación literaria.

Una ojeada sobre la literatura nacional revela el lugar céntrico en ella del mundo andino. Basta mencionar a César Vallejo, a José María Arguedas, a Ciro Alegría y a Enrique López Albújar. Esto provoca la pregunta: ¿Cuáles son las fuerzas creativas que se encuentran en el seno del ande? Quisiera intentar una respuesta a base de mi propia experiencia. No he leído nada específico sobre el tema y no tengo especialización alguna que pueda servir como instrumento de investigación; no soy ni sociólogo, ni antropólogo, ni tampoco estudioso en materia literaria. Pero sí vivo en el corazón de los Andes norteños desde 1972; además, escribo un poco y dos de mis obras figuran en «La narrativa indigenista peruana», de Tomás Escajadillo, publicada en 1994. Entonces, creo tener algunos elementos que me permiten reflexionar sobre la creación literaria andina.

En primer lugar, el mundo del ande es rico en cuentos y anécdotas, que adornan la cultura popular como las flores silvestres hermean el paisaje. Muchos de los primeros tienen una finalidad educativa o explicativa de algún fenómeno de la naturaleza, la vida, la religión o las costumbres. Los cuentos han circulado, y siguen circulando, en forma oral, como también es el caso de muchos pasajes de la Biblia y de las grandes sagas de otros pueblos. Esta transmisión oral exige un buen oído y una buena memoria. Recuerdo, conversando una vez con un campesino anciano, quien me contó, con lujo de detalles, sobre mi visita anterior al mismo lugar. Esta, había ocurrido doce años antes y el anciano recordaba todo lo que yo había realizado, hasta dónde había comido y qué había dicho. Creo que no exagero si digo que alguien que goza de una memoria así es como una veta de metal precioso.

En cuanto a lo anecdótico, cualquier viaje, sobre todo cuando se trata de caminar una distancia larga o llevar carga a lomo de bestia, se convierte en una sucesión de incidentes inverosímiles. En mi experiencia, es casi imposible que un viaje por las jalca cajamarquinas, mojados hasta los hue-

sos por una lluvia intensa o perdidos en la neblina; por los precipicios del desfiladero del río Marañón, muertos de sed; por los caminos tortuosos de la sierra de La Libertad, afligidos por el cansancio, o por los bosques densos del departamento de Amazonas, con un compañero enfermo; -todos ellos, lugares donde yo he caminado- no sea sino una cadena de acontecimientos memorables. Luego, en las noches, al calor del fogón y del licor, cuando contamos nuestros chistes, nuestros recuerdos y nuestras anécdotas, estas experiencias se trocan en una telenovela mucho más apasionante que cualquiera que se presenta en la pantalla chica, porque es una en que nosotros mismos participamos.

Con el paso de los años, todos estos recuerdos vienen a ser una especie de abono para la chacra literaria. Hay escenas en mis obras que han brotado directamente de esta clase de experiencia. Por ejemplo, en «Rondo», mi primera obra, el molino se basa en varios molinos a agua que hay en la provincia de Celendín, mientras los cóndores de la plaza son aquellos de Contumaza; como también los penitentes en «Catequil». En «Rondo», llamo a las damas que arreglan las andas de la Virgen «las maripositas», porque sucedió un día que yo estaba caminando por unos bosques, recreando en mi mente el relato que ya había comenzado a escribir; cuando repentinamente, en un codo del camino, tropecé con una multitud de mariposas dando vueltas y vueltas. Inmediatamente, las veía como las damas arreglando las andas. El ambiente resulta ser la materia prima para la creación literaria y luego viene la imaginación del autor.

Como dice la poetisa norteamericana,



Denise Levertov, fallecida en 1997, la imaginación es la principal de las facultades humanas, y es ésta que permite al poeta o cuentista hilar su obra; pero es el ambiente y la vida de la gente que proporcionan los hilos. Entonces, sucede lo que dice Rainer María Rilke con respecto al arte: «No es una pieza sacada del mundo, sino la completa y total transformación del mundo en la gloria pura.» Además, notemos lo que el pintor Oskar Schlemmer dijo con respecto a los artistas: «Siempre es la humanidad que les interesa, siempre la totalidad de la existencia humana a la cual deben rendir homenaje.»

Sí me parece que la literatura que nace en el ande abarca al hombre y su entorno total. No se puede imaginar al hombre andino sin la tierra, la pachamama, sin las vicisitudes de la vida diaria y, en último término, sin Dios. No se espera del ande una creación literaria que se preocupe de las sicosis tan queridas por los habitantes de las grandes urbes y el «stress», que es poco más que un síntoma de una sociedad desequilibrada. Por eso, el ande no puede ser el escenario adecuado para una novela «lite», con sus preocupaciones superficiales: el placer fugaz del sexo, las drogas y las diversiones de moda. Más bien, en el fondo de cualquier relato andino hay una seriedad y profundidad que es una expresión, curiosamente quizá, de la filosofía elaborada por el Beato Duns Escoto en Europa durante la Edad Media. Este filósofo, de la Orden Franciscana, fue el rival del dominico, Santo Tomás de Aquino, e inventó la expresión latina «haceitas» -aquella cualidad que hace que algo sea lo que es y no otro para describir la esencia de cada ente. La «haceita» del ande es fuerte y perso-

nalmente encuentro imposible vivir en contacto con ella como si no pasara nada. Ciro Alegría describe la relación entre el campesino y la tierra como una fecundación: él implanta la semilla tras la penetración del arado en el suelo y, más tarde, cosecha los frutos de su labor. Todo acto creativo es, en último término, sexual, y el ande es tan sensual, tan provocativo y estimulante que ningún artista puede mantenerse indiferente ante él. Cuando la noche se desviste de su capa de terciopelo estrellado y los primeros rayos de luz acarician la cordillera desnuda, yo encuentro el lapicero bailando entre mis dedos, ansioso para relatar alguna historia. Cuando bebo del agua espumante de una catarata, bajo el calor intenso del sol de mediodía, siento como si me llenara de fuerzas creativas. En pocas palabras, el ande es lugar de creación.

Esta experiencia personal con respecto a la creación andina, encuentra un refuerzo en los comentarios en torno a la obra pictórica del huancaíno, Josué Sánchez. El mismo pintor insiste en que la materia prima de sus cuadros «se encuentra en el quehacer diario, aspirando la tierra mojada y soleada con sabor a dureza del valle del Mantaro, allí en medio de una chacra mis cuadros crecen con intención...». De igual forma, crecen las obras literarias del ande.

Por supuesto, al mundo moderno, donde reina la cibernética, el contacto instantáneo vía satélite y la internet, la cultura lenta y pensativa del ande, aparentemente, tiene poco que decir. Sin embargo, creo que le haría mucho bien a este mundo escuchar al ande. Recuerdo el comentario de alguien en Lima sobre un trabajo literario en que yo había colaborado. «Huele a tierra», dijo. Esto me hace pensar en la liturgia católica para el Miércoles de Ceniza, cuando el sacerdote dice a cada fiel: «Acuérdate, ¡oh hombre!, que eres tierra y a la tierra volverás.» Una literatura que brota de la tierra es una literatura plenamente humana. Confieso que no tengo mayor contacto con la literatura de otras regiones del país, como la campiña costeña, la selva o «el Perú negro», y no puedo hacer más que intuir que todos estos lugares también producirán una literatura que «huele a tierra». Ahora bien, entre culturas profundamente humanas y auténticas debe haber un nivel hondo de comprensión, por más diferentes que sean.

Lo que me preocupa con respecto a esta literatura que «huele a tierra» es que, aparte de su ubicación en el seno fuerte de la pachamama, brota de los



elementos de nuestra sociedad que hoy en día se encuentran amenazadas de extinción. El «Perú profundo», va desapareciendo bajo el impacto de la modernidad. Ya muchos jóvenes serranos no tienen mayor interés en conservar su idioma y sus costumbres; más bien, quieren aprender el inglés, quieren estudiar computación y bailar al ritmo del rock o el rap en la discoteca. El sombrero de paja cede lugar a la gorra del «rapper». Mientras hace un buen tiempo, los blue jeans, las zapatillas «Nike», «Fila», o «Adidas» han venido reemplazando los pantalones de bayeta y los llanques. Felizmente, *Cajamarca todavía se encuentra libre del «McDonald's» y del «Kentucky Fried Chicken»*, pero, al paso que vamos, vendrán.

Si este análisis es correcto, a corto plazo por lo menos, la creación andina no va a reforzar la identidad sino, más bien, será relegada a ser una pieza de museo o como una curiosidad para los turistas. La globalización nos está apretando cada día más para que nos vistamos todos al mismo estilo, comamos la misma comida y pensemos lo mismo. En vez de una civilización llena de contrastes y de colorido local, nos encontramos rumbo a una civilización monótona donde todo resulta ser igual, estemos en Cajamarca o en Tokyo, en Arequipa o en Nueva York.

Quisiera enfatizar que este pronóstico pesimista es de corto plazo. Ya hay bastante evidencia que en otras partes del mundo, donde la modernización y la globalización están bien implantadas, ha comenzado una reacción contra ellas. Por ejemplo, mientras Europa busca la integración de los distintos países y hace todo lo posible para eliminar las fronteras y las divisiones, al mismo tiempo se nota una reactivación fuerte de las culturas locales y se da preferencia al idioma local, o al dialecto, sobre el idioma oficial. Mientras los países se unen, dentro de ellos hay fuertes movimientos a favor de la división: veamos Bélgica, España, Gran Bretaña y, sobre todo, Yugoslavia. ¿Por qué? Simplemente, parece que dentro de un mundo gris, donde todo es igual, y donde las decisiones sobre los destinos de las personas son tomadas por burócratas anónimos, brota el deseo de crear algo propio. La dignidad humana

requiere que podamos expresarnos a nuestra manera.

Creo que este doble movimiento, hacia la unión y hacia la división, se producirá acá también. Los dos movimientos tienen aspectos muy positivos. Con respecto a la unión, es mejor eliminar las fronteras entre países que crean barreras falsas entre los seres humanos. Es mejor poder escribir por el correo electrónico que tener que hacer uso del chasqui. Pero también es mejor comer el adobo en Arequipa y el cebiche en Trujillo que tener que satisfacerse con hamburguesas en ambos sitios. La marinera y el huaylars tienen vestimenta propia y de ninguna manera se ven bien bailadas en blue jeans y casaca de cuero. Entonces, si se puede lograr una diversidad cultural dentro de una unidad global, el mundo del tercer milenio será uno, rico en calidad de vida. En este caso, la creación andina, como toda creación local, tendrá un papel primordial que jugar.

Para desgracia nuestra, en este momento, nos encontramos dentro del plazo corto y el panorama inmediato no es tan halagador que digamos. El movimiento filosófico actual, o casi anti-filosófico, es «el postmodernismo», que se goza en denigrar los valores éticos y religiosos, a burlarse de la cultura y a propiciar un estilo de vida donde nadie se preocupa sino por sí mismo. Quizá no haya mejor ejemplo en el Perú de esto que las novelas de Jaime Bayly; novelas que brotan del ambiente de la clase alta limeña; una clase parasitaria desde que se instituyó a las faldas de la corte virreynal. A pesar del elogio que ofrece Mario Vargas Llosa a la primera obra de Bayly, «No se lo digas a nadie»; ésta retrata una sociedad que vive a espaldas de las grandes mayorías del país. Es una sociedad más típica de aquella de San Francisco que de acá; y ni ella ni sus obras son una expresión real del Perú. Para esto, tenemos que remontarnos al ande, o a cualquier otro rincón del país, donde hay una creatividad que brota de la pachamama. Esta sí, es una creatividad que expresa y refuerza la identidad, y puede ofrecer pistas hacia una auténtica integración nacional.

Carta para Alicia

Augusto Rubio

No quería que te fueras. Quedarme solo en esta inmensa casa había dejado de estar en mis planes desde que tía Luzma murió y llegaron los inquilinos para hacer un poco de bulla y acompañarme. Hoy todo ha cambiado, sabes. He estado rellenando el piso con el desmonte que dejaron tirado los que vinieron a cambiar los tubos y ahora el techo está más cerca de mi cabeza. Cambié la fila de esteras del callejón. Las he acomodado en una nueva cocina donde no entra el frío. Anoche me quedé hasta tarde forrando las paredes con plástico y cartones que me regaló Pámpano. Si vieras, Alicia, ahora hay menos humedad. La casa está revuelta, sí, pero en unos días terminaré con todo. He pensado, si tú quieres, cambiar los cables de tu cuarto y poner un foco de veinticinco en la habitación del fondo, para poder escribir hasta tarde.

Te cuento que en las mañanas, a la hora de rasurarme, encuentro un libro de cuando en cuando en el barril de la ropa sucia. Han aparecido cuatro en las últimas dos semanas y no tengo explicación. A veces me asusta todo esto. Pienso que alguien entra mientras salgo y coloca novelas, que aún no he leído, en el cilindro junto al corralito que era de los cuyes. Le he preguntado a Pámpano si ha entrado y se ha quedado igual de sorprendido. Hicimos guardia una noche completa para ver lo que pasa, pero ese día nada apareció. Ni ese día, ni el siguiente, ni la semana entera. Recién a los ocho días volvió a aparecer otro libro. Pámpano dice que en casa peñan. Que tía Luzma peña en el corral y que algo me quiere decir en las novelas, que debo leerlas. Dice que si no es eso entonces debes ser tú. Que algo malo te ha pasado y por eso no sabemos nada de ti. El muy idiota piensa que has muerto y que tu alma regresa a casa con cada libro.

He tratado de hallarle al asunto una explicación. Le he contado a Laura y lo ha tomado en broma. Dice que debo hacer de esto un cuento. Incluso hasta me ha sugerido un final que no me ha hecho gracia. Alguien, durante el día, debe de entrar. Después de todo la casa no es nada segura. Por atrás, a través de la medianía, es fácil atravesar de un lado a otro. De la casa de al lado, si alguien quisiera, podría pasarse a la nuestra; pero ¿para qué? ¿Para dejar libros que no he leído nunca, porque sí? En las noches es imposible, pienso. Pini, la pobre, con el hambre que tiene y lo ruidoso de sus ladridos me habría despertado. A veces hasta me dan ganas de dormir en el barril para acabar con todo esto. Créeme, Alicia, no es nada grato lo que te cuento. Preocupan las cosas que pasan en mis narices y yo sin darme cuenta. Y Pámpano ríe divertido cuando le muestro un nuevo libro.

Estoy aterrado, flaca. Ya no duermo más en el catre azul de tía Luzma. He retirado de la estera del comedor, la foto de los abuelos el día que se casaron en La Carbonera. Y duermo con la bombilla encendida. Ayer, después de arreglar las paredes, fui a casa de Pámpano a conversar y me quedé a dormir en su mueble para no regresar a casa. No sé que voy a hacer. En Ramal Playa todo me huele a tía Luzma y a ti.

El nuevo color de tinta y el papel cuadrado que adiciono, te dirán que continúo la carta otro día, en otra circuns-

tancia. Hoy es martes. Lo sé porque hoy vino el camión de la basura. ¡Por fin carajo, han sido tres semanas! Ni me he percatado del calendario estos días que han pasado. Tu sabes como soy cuando escribo: me encierro y me llega todo. Pámpano vino temprano hoy, literalmente pateó la puerta y por eso sé que la basura llegó. Es tan graciosa la coincidencia. Lo cierto es que no he estado escribiendo sino revisando y leyendo los libros que «cayeron del cielo». Me he dado cuenta que ninguno de ellos tiene prólogo. ¿Recuerdas que hace tiempo, cuando íbamos a la biblioteca municipal, arrancábamos los prólogos de las novelas que nos gustaban y los llevábamos a casa? En algún lugar deben estar porque yo, en mis archivadores de palanca, no los tengo. Tampoco creo que te los hayas llevado. Buscaré en los costales de yute donde tía Luzma guardaba papeles viejos y el título de propiedad de la casa. Sabes, tengo la impresión de que esos prólogos la pertenecen a éstos libros.

Aquí me tienes de nuevo Licha. El espacio en blanco que dejo sirve para diferenciar el nuevo día de los otros. Te escribo hoy porque me siento solo, estoy triste y está lloviendo. Ayer se cumplió un mes desde que salí de Ramal Playa, tres meses que no sé nada de ti, y te cuento que igual, a pesar de haber cambiado de domicilio, me he seguido llenando de libros viejos.

La cosa se ha vuelto insostenible de Ramal Playa a Reubicación. La droga va y viene de esquina a esquina. Los asaltos ahora son cosa de un parpadeo. Desde que volaron el puesto, los uniformados ni se acercan. El otro día, ya en mi nueva dirección, cogí el diario y leí que un muchacho fue muerto a golpes por una pandilla a espaldas del mercadito. ¿Su nombre? Mateo Cuadros G., el Pámpano. No sabes la pena que me ha dado. Pobre Pámpano. El día que me fui me ayudó a subir las cosas al camioncito, me ayudó a poner el letrero. Lo voy a extrañar mucho.

Chimbote es una mierda, Alicia. A veces creo que en buena hora te fuiste. A veces pienso que si he sido capaz de dejarlo todo en Ramal Playa, también puedo largarme fuera. Si pudiera, si tan sólo pudiera...

Ayer, buscando en los costales del cuarto grande, encontré los prólogos. Los he pegado con su correspondiente libro pero me han sobrado cuatro. En estas semanas, seguro, deberán aparecer sus contrapartes. En la tarde llevaré los libros a la biblioteca, voy a donarlos. Después iré a la misa de semana de Pámpano. Luego no sé que haré. Tal vez me guarde a transformar esta carta en cuento, a escribirte algo, a dibujar también. Pensar que no quería que te fueras, pensar que en casa de tía Luzma los inquilinos me apataban por la bulla que hacían, pensar que a veces las cosas no salen como uno las piensa. Quizás ahora la vida si te sonría en algún lugar de la Argentina. Y yo que cambié los focos, que rellené el piso, que abrigué la cocina y forré las esteras del callejón. Hasta parece risible ¿no? Si después de donar los libros, los «caídos del cielo» dejan de aparecer, he pensado arrancar más prólogos y llevarlos a casa. Después de todo, con ésta crisis y los libros caros, es la única manera de seguir leyendo.

Thamia o después de la lluvia

"... sobre la hoja de papel
el poema se hace
como el día..."

Octavio Paz.

1

El Argonauta,
deja, desdeñadamente, caer una pluma:
la dirección del viento
 lleva al puerto del silencio:
entienda que nada nos ata
ni existen razones para pedir un poco de sombra.
"Ni la quietud de la tarde
 te remite
a las cavilaciones,
leo las cartas que nunca recibí:
las consumo
y llueve el murmullo sinfónico
de lo que pudo ser y no fue.
En fin,
 cómo empezó:
Organizó la empresa con abundante miel y calma,
sobre todo calma ante boleros de lo indetenible
no está incluido
 el amor
ni el rocío
 de las estaciones perdidas."

(Ningún tranvía te espera,
ningún romance te aguarda,
nada de nada,
sólo el almanaque del 900
revive la humedad de los comejenes
y las arrugadas caras del pasado
me expulsan a los zapatos
y descubro que los amantes suicidan el amor
con el beso
y la costumbre.)

2

Compras tocino, pan, ajeno;
abluciones, rezos e incienso;
álbumes y cartas de navegación del siglo XV;
brindas por Magallanes
y la verdad que no existe el tal Magallanes:
únicamente este cruce
entre las buganvillas
y la Cruz de Yerbateros:
no hay vikingos ni piratas,
sólo el viento, mucho viento:
te retiene en el invierno
y despides la tarde con algo de cansancio.

3

A medida que se alejaba,
la mirada del extraviado
 trataba
de retener la última vez que recorrimos
 Lima:
(un naranjo
 en medio del desierto);
expuso sus ideas del partir,
"siempre seré inmigrante,
el único pasaporte tu rostro;
adiós a nadie,
no abras la puerta a los visitantes,
te dejarán sus vidas no escenificadas;
vidas frustradas,
bordeando su prematura muerte;
adiós a mí mismo;
que se queda en el sauce
y los picaflores;
ves amigo, partir es fácil,
lo difícil:
Quedarse."
Una gaviota cruza el horizonte,
el barco se pierde en el punto del sueño.

4

"Gatito Michifuz:
 El cielo
 La luna
 El sol
Y las plantas
 te aman, gatito..."
Este canto nos extravía,
ya no es lo mismo tu perfil en el catre.
¿La canción en qué arco iris se difuminó?
sales a los ojos que siempre estuvieron ausentes.

5

¿En qué paisaje ocultas tus veranos?
Observas la cascada,
cuya caída es más armoniosa
que tus errores:
Qué buscas, navegante,
en estas villas ennegrecidas por guerras tediosas;
acomodas las cenizas
e intentas calentarte;
estás perdido,
el mundo que buscas
sólo existió en tu locura
y no hallarás la Ciudad del Tiempo,
y así perdiste parte de tus pasos,
te consume el verdor,
"el canto te extravía
y ya no es lo mismo tu perfil
en este hotel."



Guillermo Gacón por Eduardo Prival

6

"...Te espero, no demores."
 Ilumina por la rendija, esta frase,
 y caen las ropas sobre el follaje,
 el triángulo atrae el pescado
 que no supo negarse a morir
 e invirtió los papeles:
 con escafandra intenta explorar:
 los hombres le son, a su pesar, despreciables
 y lo que puedan dejar sobre el mundo
 no hará que se interne
 en las oscuridades del pacífico, Atlántico
 o en el Adriático:
 se quedará sobre la arena
 como testimonio de lo humano:
 todo

se

destruye.

"Estás así, hablando a tu tedio."
 El verde de todas las tonalidades
 lo impulsaron a GRITAR,
 salieron los notables:
 -"¿Por qué molestar?";
 vino, atropelladamente, el cura; lo maldijo;
 pasó la más bella y trágica de las mujeres,
 sufría de temura,
 besó,
 desnudó,
 y se fueron al río:
 el gran pez los paseó sobre su lomo,
 y se perdieron,
 todos juraron que ese día
 fue el único que no existió.
 Se amaron
 y pueblan sobre la comarca
 hijos sin nombre;
 simplemente asaltan, matan; huyen;
 el navegante retornó a su camarote;
 prosiguió viaje,
 no tenía ojo.

7

La ciudad empieza al borde de tu vigilia
 y los sueños habitan la órbita crepuscular
 de las quimeras
 y qué quimeras:
 el eterno amor a las azucenas;
 las siempre aguas
 entre el arco iris y el botero,
 que más desear a esta ¡hora!;
 los que partieron
 dejaron al pez mirando la red
 de hombres, ni vivos ni muertos,
 simplemente sombras tras los caminos.

El navegante, despaciosamente,
 mide con el cuadrante a cuantos grados
 están sus pastos
 y recordó la única luz que reflejó
 el lado oculto de su vida:
 "partía de un mundo que, al amanecer,
 se vino abajo."

8

"Proa al Sur, proa al Sur."
 Las amarras se sueltan
 y la corriente me va situando
 en el torbellino de acomodar los saludos,
 asumir el horario.
 Esta es una vida para no ser contada.
 Ahora estoy en medio de nada,
 con el temor de naufragar,
 con el temor de morir.

9

Aún continuaba en la QUIMERA
 y nada presagiaba la llegada
 de AZAR,
 no era este el momento de refr,
 -"lo difícil es fácil,
 lo fácil es difícil."
 Esta verdad se abre paso
 en medio de tus entusiasmos,
 en medio de tus proyectos de barro.
 A lo lejos

el muelle

fugaz humo.

Quimera quedaba atrás,
 MUY ATRÁS,
 el navegante duerme en medio de los Querubines,
 sus ojos captan los angulares
 de la terrífica escena de saberse miserable.
 Se le van los zapatos:
 Empezó a llover y llover,
 ya no era el navegante,
 un extra de la escena:
 otros ríen, besan, comen;
 pasea, pasea con Chejov
 en la lengua
 y corre a refugiarse
 entre los vapores del despertar,
 ya no quepa en su espacio,
 ladeándose, girando sobre sí mismo,
 observa los matorrales,
 una mosca va y viene,
 los chirridos no lo aturden;
 una enorme araña se pasea tranquilamente por so-
 bre su piel
 y ya no teme nada;
 la Colt de quinientos mil llamados a la esperanza
 lo adormece;
 el cilindro está completo,
 el navegante exclama:
 -"¡Tanta miseria,
 el amor es eterno!"

10

Las mariposas, hormigas, luciérnagas;
 faroles, el monumento, los latidos;
 todo sigue igual.
 El río abraza la ciudad.
 Y sólo, sólo él
 se queda entre los renacos,
 el árbol de pan y los cafetales.
 Se levantan, algunos, de la mesa.
 Enrumban a su melodía.

Ya no era igual,
 el Argonauta volvió a sus libros,
 adquirió un manual,
 un ábaco
 y abrió su tienda.
 Despició la tarde con el último trazo de su
 cansancio
 y espera que pueblen de leyendas
 su grasienta soledad.



Guillermo Guzmán por Julio Romero

El simple sport de los vocablos

Daniel Mathews

Toda obra poética es de alguna manera un juego. Más aún, todo acto creativo parte de un acto de juego. Desde el genio científico hasta el que dibuja figuritas mientras habla por teléfono, desde el poeta hasta el que inventa chistes, todos quedan incluidos en esa intención de encontrar respuestas a deseos o problemas fuera de la realidad que caracteriza el juego. Podríamos decir que cada niño que juega se comporta como un poeta, ya que crea su propio mundo o, mejor dicho, reordena las cosas de su mundo en una nueva forma que le agrade.

A esta primera dimensión de lo lúdico en literatura se suma una segunda: el carácter maleable de las palabras. El sonido de la palabra, su distribución en la página en blanco, las posibles combinaciones de palabras dentro de un mismo idioma o, más aún, el uso de múltiples idiomas (incluyendo idiomas inventados). Así como el niño reordena fantásticamente los datos materiales y hace de un palo una pistola, el poeta reordena los hechos de la lengua y les da un sentido inédito. Ahora bien, si la relación entre acto creativo y juego es casi obligatoria, hay poemas, autores, épocas, en que la relación es mayor y otras en que lo comunicativo parece que le gana la partida a lo lúdico, en que el poeta se preocupa más de transmitir un ideal de belleza, un credo social o cualquier otro tema y menos de los componentes creativos del texto. Por decirlo de alguna manera el elemento creativo y lúdico crece conforme decrece lo retórico.

Quizá sea por eso que los movimientos de vanguardia resultan tan ligados a lo lúdico. Se trata de recobrar el sentido inicial de la palabra «poesía». Esta palabra designaba antes todo el arte, es más, designaba una facultad humana: la razón fáctica. La capacidad del hombre de hacer su propio mundo cual niño que juega. Ya no sólo hacer un objeto de arte como los parnasianos, sino un mundo. El poema será por sí mismo sin necesidad de significar cosa distinta de él. En este universo poético los ojos ven colores inaccesibles, las cosas caen hacia arriba, los elefantes florecen y las flores caminan. Pero, si estas mutaciones invierten el orden de la naturaleza física también la aceptan y la descubren. Huidobro diría: «En todas las cosas hay una palabra interna, una palabra latente y que está debajo de la palabra que la designa. Esa es la palabra que debe descubrir el poeta.

«Este acto religioso, este religar palabra y sustancia es lo que caracteriza el acto creacionista y lo ubica al mismo tiempo como acto de juego y acto de conocimiento. Conocer la «palabra interna» de las cosas es un reencontrarse con el mundo para conocerlo mejor. Huidobro hizo rápidamente conciencia de este segundo nivel. En cambio no percibió el papel del juego hasta 1925, en ese período de su vida en que redacta sus dos obras centrales: los Manifiestos, se reflexionó sobre el quehacer poético y *Altazor*, donde dedica el tercer canto a explicar su actitud sobre el juego, y los cantos restantes a jugar. En Manifiestos hay una cita larga pero importante.

«El juego completo del ensamble de las palabras, juego consciente, aún en la fiebre de mayor lirismo y que es el único que apasiona al poeta. Si me arrebatan el momento de la producción, el momento maravilloso de una mirada abierta desmesuradamente hasta llenar el universo y observarlo como una bomba, el instante apasionante de este juego consistente en reunir en un papel los varios elementos de este juego de ajedrez contra el infinito, el único momento que me hace olvidar la realidad cotidiana, yo me suicidaría».

Esta cita tiene varios matices que observar. En primer lugar, y en abierta polémica con los



surrealistas, se trata de un juego consciente, con un estado de conciencia extremadamente lúcido que es al mismo una «mirada abierta» y un «llenar el mundo y observarlo», vale decir, un acto de conocimiento. En el Tercer Canto de *Altazor* insistirá en este carácter abierto de la mirada, sin ligaduras: «Romper las ligaduras de las venas/ los lazos de la respiración y las cadenas/ de los ojos senderos de horizontes.

En segundo lugar es una efusión, una ruptura de la cotidianeidad. ¿Qué es la cotidianeidad? Es lo que ocurre diariamente. Pero ¿qué es lo que ocurre diariamente? Son una serie de actos mecánicos y de sobrevivencia a los que está sometido el hombre respondiendo a estructuras y procesos políticos, económicos y sociales que una vez iniciados continúan su propia marcha con poca o nula atención de los seres humanos. Así, si es necesario el juego del poeta es para recuperar esa libertad perdida. Esta cotidianeidad la describirá Huidobro en *Altazor* como «el hombre hormiga será una cifra». El hombre, cual hormiga que sigue sin necesidad de voluntad propia al resto de sus compañeros en actos propiamente mecánicos (como los versos de la sección Molino) pierde no sólo su personalidad sino su nombre y se le asigna un número de orden, una cifra. Amenaza que tiene que ser conjurada por el amor (Canto II) y la poesía maga (Canto III).

Mientras la cotidianeidad está reglada por fuerzas que nos resultan extrañas y hostiles, el juego está autoreglado y genera un proceso regulable por se. Los jugadores determinan en forma libre y espontánea los momentos de excitación y tensión, así como los de calma, ensimismamiento y relajación.

El hombre sujeto a la cotidianeidad es un hombre escindido. No siempre hace lo que piensa ya que los procesos a los que está sometido lo condicionan las más de las veces y no siempre coincide su sentir y su pensar porque a veces lo que llamamos «nuestros intereses» tienen más que ver con nuestras necesidades primarias que con lo que nos interesa realmente. La efusión lúdica es para Huidobro la otra cara de la moneda de la realización humana:

«Basta ya de vuestros pedazos de hombre, de vuestros pequeños trozos de vida. Basta ya de cortar el hombre y la tierra, el mar y el cielo» (OC755).

Estamos en un estadio distinto del poeta. En sus manifiestos «Non serviam» y «La poesía» los elementos que entraban en juego eran la naturaleza y el poeta. La condición humana cobrara mucho mayor peso en Manifiestos y *Altazor*. Y es muy significativo que junto a la atención por el hombre vaya el juego como salida de esa condición. Estamos en otro estado de conciencia de parte de Huidobro. El estado de revelación, de alumbramiento, de la condición humana. El hombre conociéndose o re-conociéndose a sí mismo, rotas las ataduras impuestas por procesos alienantes. Antes la poesía había llegado al nivel de ser por sí misma, a ser cosa distinta del mundo, re-descubrir el mundo, re-descubrir la palabra interna que puede ayudarnos a ver sin ataduras, a mirar más allá del último horizonte. Ahora este conocimiento se centra en el ser humano. El poeta es definido como un «hombre que vive oyendo su alma». Aún más en la Antología de poesía chilena nueva, Huidobro propondría como función de la poesía «hacer Hombre y no hacer Belleza».

El Tercer Canto de *Altazor* es justamente un enfrentamiento contra la poesía que hace Belleza. Contra el poeta «manicura de la lengua» se alza el Mago que a través del juego va más allá de la significación gramatical del lenguaje.

Manicura de la lengua es el poeta
Mas no el mago que apaga y enciende
Palabras estelares y cerezas de adioses vagabundos
Muy lejos las manos de la tierra
y todo lo que dice por él es inventado
Cosas que pasan fuera del mundo cotidiano
Matemos al poeta que nos tiene saturados (A94-95)

Como vemos nuevamente aparece el tema de la cotidianeidad. Más adelante aparecerá el tema del suicidio: «Y puesto que debemos vivir y no nos suicidamos/ Mientras vivamos juguemos/ El simple sport de los vocablos» (A97).



Estafeta de rezagados

Palabra y recuerdo para Manuel Baquerizo

Félix Huamán Cabrera

Un día del mes de setiembre del año 69 llegué a Huancayo. Y allí conocí a Manuel Baquerizo, en la Universidad del Centro; yo venía de Lima y él llegaba de Huamanga. Trabajábamos en la misma institución, pero no nos habíamos visto antes; ambos nos ignorábamos, a pesar que teníamos amigos comunes, sin embargo un día coincidimos por los libros y la literatura en la librería Studium de la calle Real y, en esa oportunidad, bastaron dos palabras para coincidir en la amistad y tantas veces en posiciones y acciones a favor de lo que creíamos debía construirse en base de la cultura, la igualdad y la justicia.

También conocí, en aquella oportunidad, a Alejandro Espejo que era dirigente estudiantil de la universidad, a Carlos Villanes, joven profesor de literatura, a César Arauco, director del diario *La voz de Huancayo*, a Ruperto Macha y a Antonio Camborda, y al siguiente año a Sybila Arredondo trayéndome el recuerdo vivo de José María Arguedas. Años después a Josué Sánchez, a Nico Matayoshi, a Sergio Castillo, a David Motta, a Florencio Sánchez, a Apolinario Mayta, a Zenobio Dagha y cuántos amigos más con quienes hicimos del 70 en Huancayo el sonido de nuestra voz y la luz de nuestros sueños.

Para quien lea estas notas, seguramente, éstas no son sino personas que pueden llamarse uno u otro nombre y que se conocen en el recorrido de la vida, pero cuando esos nombres significan el descubrir un pedazo de Perú lleno de identidad y cultura, entonces hay un recuerdo y una permanencia de algo encendido que nunca muere.

Para mí Huancayo fue una ciudad que crecía acorde con los últimos adelantos de la modernidad, pero fue también y, sobre todo, el descubrir una consciencia y una acción de algo que, a mi entender, iba muriendo en Lima devorado por la urbe donde cada vez se negaba al Perú en su esencia y sólo quedaban los adjetivos de la falsedad y el patriotismo, como ocurre ahora con el pretexto de la globalización. Pero en el valle del Mantaro, a diferencia de la capital, estaba la voz viva de nuestra expresión cultural y no nos quedaba sino maravillarnos de las realizaciones que demostraba el hombre huanca en sus diferentes manifestaciones: música, danzas, grabados, textilería, burilado, pintura, escultura, orfebrería, literatura y poesía, a la par de la ciencia y las visiones ideológicas utópicas y pragmáticas de una patria diferente.

Y para avivar este mundo en un bullir de espíritu y de reafirmación histórica, estaban estos nombres que he mencionado respirando y transpirando Perú milenario en los diferentes quehaceres intelectuales: la creación artística, la investigación científica, la participación política, la comunicación de masas, la organización popular,

Entonces tenemos a un lado lo no-mágico que es la cotidianidad y el suicidio, lo no-vital. Por el otro tenemos nuestra decisión autónoma de no suicidarnos y de jugar. De producir una «bella locura» en dos niveles: «en la vida de la palabra» y en la «zona del lenguaje». Efectivamente, la última parte del Tercer Canto, que podríamos llamar el triunfo del Mago sobre el poeta, de la poesía lúdica sobre la poesía retórica, tiene dos secciones.

En la primera parte proclama la necesidad de resucitar las lenguas con «sonoras risas», «cortocircuitos en las frases» y «cataclismos en la gramática». A partir de esto debemos entender el humor en la poesía de Huidobro, ya presente en el poema «Canciones de noche» de 1913:

Tenía los dientes tan finos y delgados
como las hojas de una margarita
Y al reír con los labios desplegados
Al abrir su boquita
Me venía el deseo importuno
Sentía la obsesión malvada
De arrancárselos uno a uno
jugando el «me quiere, mucho, poquito, nada»
Más tarde, en carta a Hans Arp sobre las Tres inmensas novelas, defiende el papel de la risa: «Muchos dirán al leer estas páginas que nosotros sólo sabemos reír. Ignoran lo que la risa significa, ignoran la potencia de evasión que hay en ella»

En su obra de teatro Gilles de Ruiz hay una escena en la que Gilles dice «si no riera en este instante mi cerebro estallaría». Como vemos, la posibilidad de vida está en la risa que nos evade de la

cotidianidad; la posibilidad de muerte, suicidio, estallido cerebral, está en la no-rixa. En lo que se refiere al «cataclismo en la gramática» nos otorga una serie de juegos de reconstrucción del lenguaje como el sustituir los verbos por sustantivos:

La cascada que cabellera sobre la noche
Mientras la noche se cama a descansar
Con su luna que almohada el cielo
Yo ojo el paisaje cansado
Que me ruta hacia el horizonte
A la sombra de un árbol naufragando (A125)

Mecanismos de reconstrucción que se acentúan al nivel de la palabra ya sea por un intercambio de sílabas como en «Al horitaña del montazonte» (A105), por sufijación en el juego de la golondrina (A105), juego de rimas como el del molino de viento (A118-23), o el puro non sense :

De la firmeza hasta el horicielo
Soy todo montañas en la azulaya
Bailo en las volaguas con espurinas
Una corriela tras de la otra
Ondola en olañas mi rugazuleo
Las verdolinas bajo la luna del selviflujo
Van en montonda hasta el infidondo
Y cuando bramuran los huralanes
Y la ondoja lanza a la playa sus laziolas
Hay un nufundo que grita pidiendo auxilio (A127)

No es difícil desenmarañar el significado de la mayoría de las palabras y se podría postular significados hasta para las más problemáticas. Por otra parte no hay un desarreglo de las normas gramaticales, totalmente respetadas. Sin embargo el esfuerzo

azulino de la leña pueblerina. Y recorriamos los caminos que llevaban a Tarma, a Jauja, a la zona del Canipaco, a las pampas de Junín hasta Ondores y el Bosque de Piedras. Andábamos chalina al viento y tragito corto para el frío trasmontando alturas de peñas y abras para mirar la lejanía y el orgullo de nuestro pecho. Ahí estábamos encontrándonos con el Perú, Manuel, Alejandro, Josué, Waldemar, Sergio, Nico. Las fotos hablan del ichu y de los pedernales que desalfan a las grandes distancias de la cordillera. Estamos posando, caminando, subiendo, *las fotos para el recuerdo*, juntos a una cascada llena de alizos escuchamos la canción del agua besando nuestros labios. Y no muy lejos en algún recodo del sendero, las wajras entonan el santiago.

Y en este caminar, una mañana llegué a la casa de un amigo, quería que viera mis originales y pusiera algunas palabras en mis escritos, toqué la puerta del amigo que sabía tanto y sonreía con lo nuestro. Mira, le dije, he escrito una novela basada en una costumbre de mi pueblo; la he titulado *Cuando canta el agua*. La leyó y se puso muy alegre, su sonrisa y su palabra me felicitaban palmeando el hombro: *Gente apresurada y superficial quiere dar por concluida la corriente de la novela indígena o campesina. ¡Qué simpleza! Para quienes tienen ojos y sensibilidad, el universo andino no está agotado como motivo literario, como elemento plástico ni como tema musical. No es cuestión, claro está, de repetir los asuntos ya novelados (eso es caer en el pastiche) sino de volver nuevamente a la realidad inmensa e infinita, renovada y cambiante siempre*. Era Manuel Baquerizo, siempre amigo y fraterno, alternando opiniones, criterios y valoraciones: mejor la llamamos *Agua encanta*, (así juntas las dos palabras), esto expresa el rumor del agua en sí, la alegría de los campesinos cuando la usan y el encanto del misterio que encierra la creencia en el agua como mito y como rito.

Siempre alentando para nunca desmayar, porque la literatura no es cuestión de concursos, historias, ni antología, sino definición de vida. Manuel Baquerizo siempre ha sido la voz amiga, consejera y motivadora para seguir en el campo de la investigación, del arte y la creación. En él hay que reconocer al maestro, al estudioso siempre atento a los últimos libros y autores, y al intelectual que ha diseñado, elaborado y difundido las mejores revistas culturales del Perú; con él he participado en La revista *Proceso* de la Universidad del Centro, *Caballo de fuego* que la hicimos muy gustosos con los alumnos y *Síntesis* que artesanalmente, pero de gran calidad, la organizó como suplemento dominical del diario «La Voz de Huancayo». A parte de éstas indudablemente ha dirigido muchas otras de hermosos diseños y gran calidad.

de traducción sería gratuito. En realidad se trata de un sistema lingüístico inventado en que las palabras se ven sobre todo como materia fónica, no por su significado en castellano, sino por lo que podrían significar en un sistema creado.

Ya nos podemos imaginar que es lo que hay más allá: «Después nada nada/ Rumor aliento de frase sin palabra» (A98). Y es lo que nos otorga el canto siete:

Lusponendo solinaico
Aururaro ulisamento lalilá
Ylarca marijauda
Mitradente
Mitrapausa
Mitralonga
Matrisola
Matriola (A137)

Hemos establecido algunos de los motivos para jugar: 1) Rescatar la razón fálica; 2) Recuperar la ligazón entre las palabras y las cosas; 3) Salir de la cotidianidad alienante y devolverle el sentido humano a la vida; 4) Reconocerse como ser individual y social. Eso no significa que debemos reconocerle un significado unívoco a cada juego. El poema lúdico deberá ser hecho nuevamente por el lector. Cada lector participará en el juego y el poema será un campo abierto a varias lecturas, que pone en crisis sus propias estructuras superficiales y reconoce diversas direcciones de sentido. El juego no termina en el acto de escritura y nosotros somos tan autores como el propio Huidobro. Nosotros tampoco nos suicidamos.

La globalización en la literatura peruana

Sandro Bossio Suárez

I.- ANTECEDENTES

La poesía de la década de los noventa no heredó el vigor de la generación anterior. En narrativa, en cambio, el panorama mejora. Después de la revolución literaria de los sesentas, en que la audacia técnica y los asuntos sociales caracteriza la narrativa peruana, se hace presente la difícil etapa de la violencia social, que disuade a los jóvenes autores de publicar. Pasada esta traumática temporada, sin embargo, la narrativa renace.

Pero este nuevo movimiento literario trae consigo un cambio drástico en su factura y difiere abismalmente de la narrativa anterior: en primer lugar, la ambiciosa temática de los novelistas de los sesentas, se reduce a un ámbito cerrado, personal. La visión totalizadora del mundo se convierte en una visión intimista y los mosaicos sociales se individualizan. La juventud urbana sigue siendo la materia prima, pero no ya desde el ángulo social, sino desde el subjetivo. Las estructuras literarias prácticamente desaparecen y se allana la prosa, liberándola de retórica y esquemas intrincados o experimentales. Otra característica de esta nueva etapa narrativa es la liberalidad: desaparecen los tabúes y los temas fuertes y escandalosos, como la violencia, el homosexualismo, la drogadicción, invaden las ficciones. En una palabra: la literatura se orienta a la modernidad, a la globalización que el país emprende; no más a la innovación.

A principios de este decenio aparecen los primeros representantes de este nuevo movimiento. Anahí Barrionuevo, estudiosa de la literatura peruana contemporánea, apunta sobre ellos: «Nuestros jóvenes narradores nacieron en la década del sesenta y su temprana juventud la vivieron en la urbe de los ochenta, una de las etapas más turbulentas de nuestra historia».

Es prematuro señalar una propuesta literaria generacional. Sin embargo, puede decirse que existen muchos rasgos temáticos que enlazan a estos jóvenes narradores.

II.- NARRADORES

Mario Bellatin es uno de los escritores más prolíficos y talentosos de nuestra literatura contemporánea. Puede decirse que es la excepción de este grupo de los noventa, pues es el mayor de todos, nacido en 1963, en México, y es el único que publicó en plena escalada violentista. Su novela inaugural, *Mujeres de Sal*, publicada en 1986, es una obra corta donde, a pesar de la inexperiencia narrativa, ya muestra un adecuado manejo de la prosa y la estructura novelesca. En 1986 sacó *Efecto Invernadero*, en 1993 *Canon Perpetuo* y, al año siguiente, *Salón de Belleza*; libros que conforman la trilogía *Tres novelas*, que se reunida en 1995. De estos libros merece destacarse *Salón de Belleza*, una bella y descarnada 'nouvelle' sobre la casta empobrecida de los travestis limeños, azotada por la homofobia y la peste rosa. Esta etapa de Bellatin es la más fructífera y, quizás, la más importante de su carrera, pues consolida un estilo personal y recrea un mundo propio, íntimo en extremo, en el que los personajes son ajenos a la realidad del mundo circundante. Los acontecimientos que recrea no tienen que ver con el mundo real y cotidiano, pero tampoco pertenecen al género fantástico o real maravilloso, y sus personajes, siempre maniáticos y siniestros, poseen una increíble solidez psicológica.

En 1995 publicó *Damas Chinas*, una novela corta de poco arraigo, y en 1998, ya residiendo en México, *El poeta ciego*, editada en España bajo los auspicios de la editorial Tusquets. Su última novela, publicada por el fondo editorial de la Universidad Católica del Perú, se titula *El jardín de la señora Murakami*, y es en verdad una pequeña joya, heredera directa de la literatura precisa de orientes.

Iván Thays es otro integrante de esta agrupación. Nació en Lima en 1968. Su primera salida fue en 1993 con un elegante conjunto de relatos titulado *Las fotografías de Frances Farmer*. En ellos, Thays hace gala de una prosa distinguida, saciada de profundo lirismo. Sus personajes traslúcidos se mueven por un mundo sensorial, donde quizás los verdaderos protagonistas no son ellos, ni los hechos, sino las emociones.

En 1996, Thays publicó su primera novela: *Escenas de caza*. Vertebrada sobre una estructura llana, esta novela



versa sobre los dilemas románticos de una pareja peruana que viaja a España. No propone ninguna novedad en cuanto a las técnicas narrativas, a excepción del sorprendente detalle visual, y de la impecable prosa, sin lugar a dudas una de las mejores surgidas en el Perú a partir de los noventa.

La segunda novela de este joven escritor es *El viaje interior*, una sosegada, fina muestra de la literatura clásica, donde se entrevé su decantado magisterio narrativo. En ella, a su profundo dominio del lenguaje, Thays le añade sagacidad para tocar temas románticos, humanos, filosóficos, culturales, en una ciudad mediterránea (Busardo), inventada por él. Holgada historia de retrospectivas, digresiones, voces de la conciencia «donde priman las referencias culturales y la dilucidación intelectual sobre cualquier alusión al contexto social», a decir de González Vigil, esta novela es un oasis en el desierto violento de la novela peruana contemporánea.

El último trabajo de Thays es *La disciplina de la vanidad*, un celebrado e inclassificable libro, para muchos una pieza de cimentación literaria, en el que se incluye una serie no sólo de técnicas, sino hasta de géneros, pues la novela en él narrada es interpolada con toda una colección de cuentos, artículos, crónicas, memorias, análisis, búsquedas, convirtiendo el trabajo final en un impresionante collage que nos remite a *Manhattan Transfer* de Dos Passos.

Javier Arévalo, nacido en 1966, publicó su libro de relatos *Una trampa para el comandante* en 1991, pero su nombre empieza a ser reconocido en los ambientes literarios tres años después, es decir en 1994, tras la publicación de su primera novela, *Nocturno de Ron y Gatos*. La escuela de Arévalo, al parecer, es la calle misma. Por ello no sorprende que sus temas sean el barrio, las vicisitudes juveniles, los primeros desencuentros amorosos. Aunque se trata de un libro inicial, aún balbuciente, en el que los personajes no gozan de independencia ni la estructura de mucha solidez, esta salida de Arévalo trajo algunas propuestas interesantes en cuanto al tratamiento del material y al abordaje de los temas. La historia de la novela se mueve alrededor de Alberto, un muchacho desorientado que vive paralelamente dos mundos: el de su barrio y el suyo propio. El libro, mientras presenta los problemas internos del protagonista, despliega, al fondo, una bambalina social con la problemática de las barriadas.

Javier Arévalo publicó en 1996 la novela policiaca *Instrucciones para atrapar a un ángel*, que circuló mínimamente y en absoluto silencio, y en 1997 *Vértigo bajo la luna*, en la colección de novela juvenil de la editorial Alfaguara. Pedro Escribano ha dicho de él: «Aunque aún le falta mucho para que empecemos a celebrarlo como un escritor maduro, de Javier Arévalo reconocemos el mérito de atraparnos con sus ficciones desde el principio».

Una vez femenina se alza, con mucha energía, en medio de este grupo. Su nombre: Patricia de Souza. Nacida en 1963, esta fina escritora sorprendió gratamente a críticos y lectores en 1998, al publicar su novela *La mentira de un fauno*. Iván Thays, que además de narrador, es un inteligente crítico, nos adentra en la trama: «Sofian llega a Pucallpa a recibir una herencia de su padre, a quien jamás conoció. Ahí se encuentra con Manuel, quien le ofrece un insólito trabajo, y con personajes casi tan transparentes como Cobra (la evasión) o Angélica (la redención). Pero

Manuel, como el héroe Orestes, es aguijoneado por un demonio del pasado: amó mucho a una mujer llamada Matilde, una mujer de apariencia vulnerable pero, en definitiva, un espectro persistente que parece recordarle que sólo se tiene conciencia del amor a través del dolor». Los más severos críticos se rindieron de inmediato ante la dealumbrante prosa de Patricia de Souza. Muchos la han comparado, incluso, con Oriana Falacci, la magistral escritora italiana de los setentas. Posteriormente, asentada en Europa, ha publicado otros trabajos en importantes editoriales españolas.

Enrique Planas, también joven y talentoso, saltó a la escena de la literatura nacional contemporánea con la novela *Orquídeas del Paraíso*, en 1996, una moderna historia ambientada en la selva peruana, a donde llega un joven limeño perseguido por una mafia y, para eludirlo, decide transformarse en un travesti. Su

última novela, merecedora del Premio de Novela del Banco Central de Reserva es *Alrededor de Alieta* (1999), obra, lamentablemente, con poca fortuna, pues una de las dos historias que componen el libro, se traga a dentelladas a la otra, y la factura no es muy sólida.

Ernesto Carlin, con la novela *Falso al amanecer* y Fátima Carrasco, con *El Europeo*, son otros representantes de este movimiento de narrativa joven que merecen destacarse.

Víctor Andrés Ponce publicó en 1995 *Los sueños quebrados* y en 1999 *Los aniquiladores*, pero su éxito, por la demacración de su narrativa y la dispersión de sus estructuras, fue irregular.

III.- REALISMO SUCIO DE BUKOWSKI

Charles Bukowski se ha convertido en una aplastante influencia en nuestra generación contemporánea de escritores, quienes, lamentablemente, no copiaron de él sus convenientes recursos narrativos de algunas de sus novelas, sino únicamente sus postulados provocadores.

Oscar Malca, nacido en 1968, es uno de los que más sobresale de ellos, pese a que hasta la fecha sólo ha presentado una novela: *Al final de la calle*. Publicada en 1993 y con muy buena acogida de la crítica, ésta puede ser considerada la iniciadora del movimiento renovador. Con una prosa desgarrada, que linda con el tono documental, a veces tierno y a veces brutal, Malca compone un libro directo, elemental, con detalladas escenas que aparecen y desaparecen como destellos en la oscuridad. Los temas que aborda son la violencia callejera en la que está inmersa la juventud actual, las drogas, el sexo, el alcohol, las noches desenfrenadas y por supuesto, el fútbol y su contexto agresivo, asuntos hasta entonces inexplorados por la literatura peruana. La novela centra su atención en M., un personaje ambivalente, que fluctúa entre la delincuencia y la honorabilidad, y recrea a través de él la realidad de los barrios limeños (en este caso específico el distrito de Magdalena del Mar) y de los jóvenes sin horizontes de la clase media. La novela es, sobre todo, un alegato contra el desempleo que afecta a la juventud peruana, y destaca en ella una acertada recreación del habla coloquial.

El libro, ensamblado en diferentes niveles, no presenta una estructura convencional; sin embargo, a pesar de su dispersión, expone una apropiada sucesión los hechos. Esta novela es uno de los pocos Best Sellers de la novelística peruana, pues acaba de agotarse su quinta edición.

Manuel Rilo es el integrante más singular y audaz del grupo. Nacido en Lima, en 1971, saltó a la popularidad tras la presentación de *Contraeltráfico*, novela folletinesca, irreverente y desenfadada, en la que da vida a un joven marginal de los noventa, que recorre la caótica ciudad en una precipitada carrera y ve el mundo con alucinados ojos. Se ha dicho que el libro exhibe méritos como una estructura elíptica y un manejo del lenguaje efectivo en su violencia y coloquialidad. Y, aunque en parte es cierto, el verdadero mérito de Rilo es haber esbozado en su novela una Lima destellante, modernísima, llena de gente clasemediera y jóvenes alienados que no quieren ser ni de arriba ni de abajo. De ese modo, el mestizaje de la ciudad, su nuevo

orden, constituyen el verdadero valor del libro. Lamentablemente, esta novela no está muy bien lograda y, el empeño por mostrar una sociedad generacional, termina disolviéndose en un boceto en blanco y negro de un solo personaje perdido en la inmensa ciudad.

Sergio Galarza es el más joven de todos. Con apenas 21 años en 1997 sacó a la luz el libro de cuentos *Matacabros*, y al año siguiente alumbró otra colección de relatos: *El infierno es un buen lugar*, asfixiantes muestras del realismo sucio de Bukowski y del minimalismo de Carver. Los personajes de Galarza se mueven también en barriadas y, más que mirar el futuro, prefieren vivir la vida a galope, en medio del bullicio, las drogas, el alcohol, la violencia y la venganza gratuita. En este sentido Galarza, y la mayoría de sus compañeros de generación, han aceptado la deuda con Oswaldo Reynoso, quien se ha convertido en una especie de guía literario, de fetiche, de esta pequeña pléyade. En 1999 Galarza publicó su tercer trabajo: *Todas las mujeres son galgos*, nuevo libro de cuentos, en el que cambia de tono y la violencia juvenil es sustituida por las contradicciones humanas, y las calles alienadas de Lima por carreteras y aeropuertos internacionales. No obstante haber sido incluido en antologías latinoamericanas (*Se habla español*) y haber participado de encuentros literarios, la estilística y temática de Galarza continúan en proceso evolutivo.

Nadie imaginó que Jaime Bayly, un atrevido entrevistador de televisión totalmente ajeno al círculo, se convertiría en uno de los autores más leídos dentro y fuera del país. Sus temas provocativos y escandalosos, siempre en boca de todos, influyeron poderosamente en su éxito y sus libros, mejor promocionados, apabullaron de lejos a los de la generación actual. Jaime Bayly es otro fiel seguidor de Bukowski y Bret Easton Ellis, el joven escritor que, a mediados de los ochenta, conmocionó el mundo literario norteamericano con sus novelas descarnadas (que muchos llaman subliteratura).

Precedida de un aparato publicitario basado en el escándalo y catalogada como obra de una «maestría extraordinaria», la editorial Seix Barral puso a la venta el primer libro de Jaime Bayly, *No se lo digas a nadie* (Madrid, 1994), en la que Joaquín Camino, vástago de la más acomodada burguesía limeña, enfrenta una lucha de identidad sexual. Su coexistencia en el seno de una familia machista, mojigata y despectiva, su brutal contorno amical, sus frustraciones, sus dudas de identidad y su inevitable arrastre a la espiral de la drogadicción, son los pasajes evolutivos de la novela.

Cabe señalar, sin embargo, que el libro carece de argumento y se limita a contar los hechos sin presentación ni desenlace.

Bajo esas premisas, *No se lo digas a nadie* no pasa de ser un anecdótico con serios deméritos en su forma literaria y en su validez como testimonio generacional.

El segundo título de Bayly es *Fue ayer y no me acuerdo* (Lima, Peisa, 1996). Esta flojísima novela, lejos de consolidarlo, lo devalúa aún más.

En *Los últimos días de La Prensa* (Madrid, Seix Barral, 1996), Bayly involucra al lector en una aventura de encuentros y desencuentros fugaces, donde el hecho es el verdadero protagonista. Más de evasión que de lectura formal, esta tercera salida de Bayly propone un panorama entretenido y hace atisbar «recién» a un escritor en ciernes.

Moderna y vertiginosa. Así puede definirse *La noche es virgen* (Barcelona, Anagrama, 1997). Llega impulsada por la adjudicación del otrora prestigioso Premio Herralde de Novela.

Estamos, una vez más, ante los temas recurrentes de Bayly, pues *La noche es virgen* narra las experiencias bisexuales de Gabriel Barrios y Mariano, joven rockero con una despreocupada proclividad a la vida fácil y a las drogas.

Lo que salta a la vista en esta oportunidad es un interés por el ritmo narrativo: Bayly echa mano de una destellante y agresiva locuacidad en primera persona, que involucra de principio a fin escenas, diálogos, pensamientos, reflexiones, recuerdos, retrospectivas, todo sin márgenes ni respiro, y que advierte los rasgos de un escritor con cierta pericia narrativa. A pesar de este acierto, *La noche es virgen* sigue infestada de los problemas que el autor no logra vencer pese a ser su cuarto intento, sobre todo los referentes a la reiteración de sucesos y expresiones. Es, sin embargo, lo mejor que tiene su autor hasta el momento.

En su quinta novela Jaime Bayly, finalmente, consigue desprenderse de los temas reiterativos y los escollos literarios de su primera etapa. *Yo amo a mi mamá* (Lima, Adobe Editores, 1998) es una novela centrada en las vivencias de Jimmy, un niño de la alta sociedad limeña, que recuerda sus experiencias infantiles en plena dictadura militar y, como una

especie de purga, de exorcismo personal, los va reproduciendo en el libro. Este trabajo reminisciente no está exento de un humor íntimo y una fina nostalgia poética.

El sexto trabajo de Bayly, que fue colgada inicialmente en el ciberespacio y luego impresa formalmente en formato de libro, es *Los amigos que perdí*, una lamentable, fallida novela, en la que se nota el agotamiento del autor y que echa por tierra lo poco avanzado. «El libro hace aguas por todos lados», fue el comentario de un crítico español que recomendó por internet escaparse al cine en lugar de comprar el libro. Trata de un joven escritor radicado en Miami que, viendo caer lagartijas en su piscina, espera una llamada telefónica que nunca llega: es la llamada de uno de sus amigos que, a causa de sus exitosas novelas donde los ha incluido como personajes burlescos, se han alejado de él. Exenta de los diálogos coloquiales, que en alguna medida salvan sus demás libros, éste se convierte en una historia repetitiva (pues Bayly retoma la machacante temática homosexual) y vacía que, realmente, debió ser meditada -tanto por el autor como por la editorial Alfaguara- antes de publicarla.

Jorge Tola publicó en 1999 *Noche de cuervos*, directamente entroncada (casi podría decirse calcada) con *Héroes* del español Ray Loriga, donde la realidad se mezcla con las alucinaciones producidas por el exceso de estimulantes. El relato está íntegramente montado en primera persona por un estudiante de un colegio de dudosa reputación que, en compañía de su promoción, ha viajado al Cusco. «El autor trata de imitar fielmente el habla de este narrador: sintaxis lo más simple posible, vocabulario cotidiano y lleno de procañadas, incluso repeticiones de ciertas frases, característica propia de la oralidad. Es precisamente el empleo exclusivo de este narrador protagonista el que hace que la novela se vuelva por momentos repetitiva», dice el crítico Javier Agreda.

Pero quizás es Carlos Carrillo quien excede la influencia de Bukowski y, transgresor como ninguno de los anteriores, se abandona a los influjos de Bret Easton Ellis: 1999 publica un conjunto de cuentos titulado *Para tenerlos bajo llave*, en los que exalta temas sadomasoquistas, desfloraciones de prepúberes, torturas y hasta antropofagia, que, sin asomo de una buena narrativa, pasaron desapercibidos.

Carlos Rengifo (Lima, 1964), autor de los libros de cuentos *El puente de las libélulas* (1996) y *Criaturas de la sombra* (1998), es otro discípulo.

Gustavo Rodríguez (Trujillo, 1968), ha equiparado su trabajo publicitario con la creación literaria. Así, ha publicado en 1999 *Cuentos de fin de semana*, en el fondo relatos lineales de taller literario, y este año *La furia de Aquiles*, un nuevo ejemplar de la literatura light, predigerida, pero de todos modos inquietante y entretenida.

IV.- GENERACIÓN ANTERIOR

Si pretendemos una visión completa de la literatura de los noventa, no podemos sesgar a Peter Elmore, el novelista peruano que ha abordado el tema policiaco, a pesar de que por su edad pertenecería a la generación anterior. Anteriormente, Alonso Cueto había abierto la brecha de la novela negra y uno de sus seguidores fue Javier Arévalo. Pero es Peter Elmore, doctor en literatura y catedrático de la universidad de Arlington, quien coge las técnicas de la novela de suspenso y las aplica a la nueva literatura peruana. Así, su novela *Entigma de los Cuerpos*, publicada en 1996, explora la sordidez de la ciudad, utilizando como pretexto el hallazgo de unos cuerpos mutilados. Desgraciadamente, pese a la buena ambientación y a la riqueza de

los recursos, Elmore no consigue manejar los personajes ni las situaciones de la novela, al punto que la historia policiaca, que es la vertebral, termina desplazada por los asuntos románticos del libro. Su estilo ha sido comparado bastante con el de Mario Vargas Llosa.

El último trabajo literario publicado por Peter Elmore es la novela *Prueba de Fuego*, también de corte policial. En este caso los cuerpos del delito son unos cuadros que entrañan ciertos misterios y deben ser debelados por un sacerdote. El libro está poblado de referencias epistolares. Aunque Elmore mejora la calidad de la trama y desenvuelve mejor la historia, no logra una obra madura. Las sombras que invaden el libro, en todo momento, son la de Umberto Eco con su muy famosa *El nombre de la rosa*, Leonardo Sciacca con *El archivo de Egipto* y Arturo Pérez Reverte con *La tabla de Flandes*.

Alfredo Pita, de igual modo, no puede ser silenciado. Perteneciente en realidad a la generación de Guillermo Niño de Guzmán y Alonso Cueto, el año pasado reeditó en la editorial Seix Barral de Barcelona su novela *El cazador ausente* (Ganador en Europa de un importante certamen que le permitirá ser traducida a cinco idiomas), ya antes editada en Lima, en Lluvia Editores, mereciendo un elogioso recibimiento. La trama, vinculada con la novela negra, recrea la difícil época de la violencia social peruana y engendra el suspenso con el encuentro de unos amigos que se reúnen para investigar la verdad sobre un asesinato que creen haber cometido en su época de estudiantes. Hay que recalcar, sin embargo, que esta novela aparece en la edición definitiva totalmente corregida, reestructurada y pulida, de modo que son saltantes las diferencias con la edición nacional (Lluvia Editores).

Imprescindible en el muestrario del cuento contemporáneo es Jorge Ninapayta de la Rosa (Nasca, 1957), quien en el 2000 publicó *Muñequita Linda*, colección de cuentos considerada por muchos críticos como el libro del año y digno legatario de los mejores aciertos de Ribeyro. Y es que la dedicación estilística de la prosa y el talento para diseñar la trama hacen que todos los cuentos de Ninapayta de la Rosa sean admirables, y sorprenden su limpieza y magnífica complejidad narrativa. Es, sin lugar a dudas, el cuentista más sólido surgido en la década pasada.

José de Piérola, flamante ganador de las últimas versiones del Premio Cope y, simultáneamente, del Premio Novela Corta del Banco Central de Reserva, se alza como la revelación del año. Nacido en Lima en 1961, y actual profesor de literatura en Estados Unidos, en 1999 ganó el Premio Internacional Aub de cuentos con su relato *El vientre de la noche*, un doloroso testimonio de la canchalesca guerra contrarrevolucionaria peruana. Este año publicó la novela ganadora del concurso bancario, *Un beso de invierno*, que intenta retratar la violencia social que vivió el país en los ochentas a través de una historia simple: unos amigos salen de camping y encuentran muerto a uno de ellos y durante toda una noche intentan descubrir al asesino, escapando siempre de unas misteriosas miradas acechantes. La musculatura de tan elemental osamenta novelesca, donde prima la técnica de las cajas chinas, la conforman los múltiples «flashbacks», los despliegues y explicaciones literarios, que nos adentran en la vida anímica de los actores, en sus miedos, proyectos frustrados, y nos hacen conocer sus respectivos pasados con un buen manejo de recursos. Con todo, *Un beso de invierno* no es precisamente la gran novela que todos esperábamos tras la entrega de premios, sino apenas el patrón de una adecuada arquitectura literaria. Puede decirse que José de Piérola, prefiere los temas neorealistas y crudos, lindantes con las revoluciones, la sangre y los derechos humanos, pese a que

Lápices, el cuento ganador de Cope es una pulcra muestra de la literatura fantástica (aunque con un maracado facilismo en su desenlace). Ha anunciado la próxima aparición de dos volúmenes de novelas, que, con la comentada, conformarán una trilogía.

Fernando Iwasaki Cauti y Dante Castro Arrasco son otros dos talentosos narradores que merecen lugares especiales en la literatura peruana contemporánea, pero que pertenecen a la década de los ochentas.

V.- OTROS AUTORES

Hay otros nombres dentro de la nueva narrativa peruana que no han tenido una adecuada difusión. Entre ellos figuran, Franco Ávalo, Enrique Prochazka, Carlos Herrera, Gonzalo Portals, José Guich, Javier Amat y León, Fernando Rivas, Ricardo Sumalavia, y otros. Destacan Fernando Rivas, narrador arequipeño de impecable prosa, ganador en 1992 del premio «El cuento de las 1000 palabras», de la revista «Caretas», y Carlos Herrera, con hasta cuatro publicaciones entre cuentos y novelas.



El pasajero del asiento posterior

Héctor Meza Parra

Se día eran las cinco de la madrugada Lima se ofrecía grisácea, gélida, muy húmeda y pegajosa por el penetrante frío del invierno de agosto. En una acera, alfombrada por hojas moribundas, que caían silenciosamente del viejo jacarandá, se veían a dos ancianos en la calle Vargas Machuca. Ella lo sujetaba del quebradizo brazo. Él vestía un gabán azul oscuro a tono de elegancia con un sombrero negro, muy negro casi cubriéndole media cara. Estaba puesto una bufanda del color del arrayán que desentonaba con el azul elegante. A él parecía ya no importarle, mucho menos su corbata que había servido para un sinnúmero de ceremonias oficiales. Era la misma corbata con un mismo nudo. Estaba callado mirando la pista lustrosa por un largo rato y sabía que casi no podía mantenerse en pie, no obstante que con esto claudicaba con sus principios castrenses. Tampoco parecía importarle ya. Sabía muy bien que el cuerpo como el tiempo no esperan. La edad vencida corría tras él. Eso lo había descubierto esa misma madrugada cuando al mirarse al espejo vio que sus ojos permanecían embolsados. Quizás intentaba mantenerse erguido pero era consciente que estaba en la antesala de sus ochenta años. Su semblante bosquejaba una mirada al vacío con el rictus inmovilizado de soportar el dolor. Estaba conteniendo la respiración con los dientes bien cerrados. El dolor agudo a una parte del estómago no lo soltaba. No había quedado bien de la última operación a la cadera una sinfonía de sufrimiento que no lograba controlar, sus fuerzas débiles galopaban camino a la muerte, él ya lo sabía. Se dio valor y con ralo esfuerzo dio tres pesados pasos para apoyarse en un poste de alumbrado público. El dedo pulgar buscaba un punto en la cadera para calmar el tormento. Luego deslizó su mano hacia abajo con fuerza, mientras soltaba la respiración, pero lo único que logró fue aumentar ese dolor. Volvió a respirar muy hondamente, a retazos, dándose pausas, mientras su corazón se aceleraba. En ese momento pensó que los pulmones le traicionarían, se sintió muy mal porque le robaba el oxígeno a la vida. Cerró sus ojillos almendrados, ahora, soltando un suspiro con efímera tranquilidad – es momento de apurarse – pensó. Antes le pidió a María, que lo sujetara más fuerte del antebrazo porque en cualquier momento le volverían los remolinos a la cabeza, ella no se movió de la posición que estaba por varios segundos. María con disimulada cautela permanecía atenta mirando a los ojos de Manuel. Habían pasado más de veinte minutos cuando María auscultó su reloj y al querer moverse también sintió los años encima. Sus pies se habían inmovilizado por el frío y la humedad que astutamente había ascendido por las pantorrillas. María, también vestía el color de la tristeza. El apretado moño alzado y algo descuidado se sostenía por un gancho que tenía la figura de un picaflor andino. El le volvió a pedir que no lo soltara porque presentía que el dolor agudo le iba a regresar. Ella tuvo que acudir sólo con las palabras y una ligera frotación a las manos. Se aferró más a él, le miró horizontalmente a los ojos como a un niño y le acarició la

mejilla morada. No le dijo nada pero le transmitió su fortaleza de madre mujer. Es ahí, entonces que el hombre de sombrero oscuro se enternece, se mueve y suelta una ligera sonrisa, y sin decir nada también él besa la mano derecha de María. Con sus opacos ojos él le dio las gracias presionando más fuerte esas manos ajenas. Ella sin poder soportar la claridad de aquel sentimiento profundo explotó en un llanto apagado, pero las mejillas son fuertes, y sabe contenerse, él sólo nota que parpadean las pestañas de su amada. Ella logra imponer una sonrisa cómplice y apoyando la cabeza enamorada sobre ese hombro débil le dice que todo va a salir bien que Dios no se olvida de sus hijos, que la virgencita que viene colgando en el pecho también lo va a proteger. Él se pone más tranquilo y por un rato ha olvidado el dolor metálico. Así lo aparenta. Pero pasan los minutos como una eternidad y es María que vuelve a levantar la mano una vez más de esa acera vidriosa. De los muchos que pasaron logra estacionarse un auto y por fin ella solicita el servicio de taxi. El chofer algo apurado y muy serio no responde al saludo de Manuel. Permanece sentado observando por el retrovisor que la pareja suba, sin embargo, hay cierta dificultad para ingresar al auto. El chofer baja dando calor a sus manos, se siente muy mortificado porque ha pasado a ser uno más de los fantasmas anónimos que Lima devora. Incesantemente intenta ayudar pero escucha la voz del hombre débil: "Es muy amable, ya del asiento posterior con la ayuda de María. El hombre del taxi da la impresión que es un tipo muy ágil, pero por sus ojos es un pleitista con vocación definida. Al minuto: "¿A qué dirección? – Habló muy secamente el chofer – La pareja de ancianos no terminaba de acomodarse, peor aún por la velocidad que imprimía el hombre en el acelerador. La anciana aflojó un poco el moño apretado y respondió: "Nos lleva por favor, al Hospital Militar". Al poco rato ella volvió a decir: "Tenga la bondad de bajar un poquito el volumen de su radio. Tengo al esposo enfermo". El chofer hizo una mueca de desagrado y lo apagó por completo. Durante el viaje nadie habló. Sólo hubo una tos cansada y temerosa. El sonido agresivo del motor mordía el cerebro del pasajero del asiento posterior. Nuevamente le regresó la respiración filuda como a intervalos. Buscó otra vez la mano de su acompañante y con la mirada le suplicó que nunca lo abandonara, que ella era lo único que tenía en la vida y levantando un mechoncito que se había colgado le puso detrás del arete de oro y le acercó su mejilla gastada para recibir el beso de esa mujer que moría dos veces.

El taxi rojo atravesó otras calles siempre raudamente. Se detenía con el pie puesto ante cualquier semáforo, presto a despegar en alguna avenida. El día ya desintegraba su densidad fantasmal y los transeúntes eran soltados de las fauces grises de la neblina. Ya se podía distinguir los árboles y edificios que tenían el mismo color anémico y menos ofensivo. Al pasar por uno de los parques, el reloj indicaba que la humedad le pisaba los talones a las seis de la mañana. Entonces hubo una escueta conversación dentro del auto,

él dijo: "Hija, ¿falta mucho?". Pero la respuesta salió del otro lado inmediata y sentenciosa: "Nos quedan seis cuadras, señor y listo". Ella con sus pequeños ojos de rocío virginal movió la cabeza en señal de que el hombre estaba en lo correcto. Manuel volvió a agradecer ese gesto de prontitud del extraño.

El hombre del taxi rojo hizo un último vericuetto inútil ocasionando que Manuel se golpeará contra la ventana. El chofer no dijo nada y prendiendo su radio expresó lacónicamente: "Ya llegamos".

El edificio frío y de cemento descolorido los esperaba.

El chofer, ayudó al hombre del sombrero oscuro a ponerse de pies, él le pidió que lo hiciera con cuidado sobre todo en la parte de la cadera. El chofer sólo dijo: "Está bien, está bien. Abuelito". María que esperaba a Manuel, se encontraba algo mortificada. Buscaba dentro de sus prendas algo más de dinero, se topó con muchos lugares vacíos y al preguntar al chofer sobre el importe de la carrera, él señaló con las dos palmas encendidas: "Diez soles, nomás". El hombre del sombrero oscuro echó una mirada tímida a María y disimuló su vergüenza. Ella por unos segundos observó al hombre del taxi y le dijo con valerosa dignidad: "Le voy a restar dos soles. En un momentito se los traigo. Hágame el favor". El taxista enmudeció y no quiso decir nada. Después miró, con ojos biliosos, interrogándola mientras se pasaba la mano por la precoz calva. Mirando al cielo prorrumpió apoyándose en la ventana: "Esta bien ¿Qué tiempo la espero?" "Menos de cinco minutos" – Dijo ella. "El tiempo corre señora, no se olvide" – y metiéndose a su carro volvió a preguntar sólo para asegurarse: ¿Cuál es su nombre señora? – "El señor enfermo es mi esposo. Somos la familia Odría" – contestó ella. El taxista, bajó del carro con la misma agilidad, se acercó ¿El que fue presidente del Perú? ¿El General? Y María le reafirmó: "Él mismo es". Más inquieto el chofer inquirió: ¿Creo que en dos oportunidades gobernó el país? Y la mujer de moño con sus lágrimas secas ya no habló sólo movió la cabeza. El taxista, cambió de ademanes y de voz, intentó disculparse pero el hombre de sombrero oscuro ya ingresaba pausadamente del brazo de María. Los esperaba ese monstruoso edificio con cientos de ventanas blancas. Allí el anciano se confundió con decenas de hombres que caminaban como él y entre saludos y una sonrisa mecánica y perdida, alguien le alcanzó una silla con ruedas. Cruzó sus brazos y escondió la cabeza en su

abrigo porque sabía que el día se volvía más frígido en la sala de espera.

Manuel otra vez se toparía cara a cara con los recuerdos de niño cuando jugaba con la arcilla, haciendo túneles y casitas frente a la casa de su tía rosita. Miró su tarjeta de pase y era el número diez. Esperó pacientemente el llamado. Pero como nunca, ahora el tiempo se había detenido.

Manuel, más anciano volvió a salir después de unos meses del hospital, llevando en las manos recetas salpicadas de palabras indecifrables y consiguientemente en la cabeza con más canas nuevas. Esos últimos días muchos amigos lo visitaron y él con su alma estoica escondía el malestar galopante dentro de sí, era como si lo devorara en los momentos más dichosos, en los minutos más felices. A los amigos les ocultaba su verdadero rostro. Y una tarde, el valeroso hombre, con algunos amigos de casa y en el calor de su hogar junto a María, su esposa, se dejó arrastrar abruptamente por ese pasadizo sin fin. Su corazón esta vez estaba del lado del enemigo. Esta batalla sí la perdió. La muerte astuta lo sorprendió precisamente cuando escuchaba la voz cadenciosa de Ventanita en un disco de carbón. Él quiso que ese himno lo acompañara en su viaje a las estrellas, en su destierro largo hacia la aventura fatal.

Desde la partida de Manuel, el invierno y la soledad supieron adueñarse de la vieja casa de Vargas Machuca. En su habitación todo quedó como estaba, sus pantalones azul, hablando de sus batallas, él kept mirando orgulloso el mundo y un disco de carbón símbolo de su nostalgia y amor a su tierra. Sin embargo, María con el recuerdo a sus espaldas y las canas ganadas por la ausencia del hombre que amó, se dejó consumir en la misma habitación. Sentada, ella también en su silla de ruedas, su espalda tomó una joroba perenne frente a la foto donde posaba junto a Manuel. Una de esas noches cogió el sombrero oscuro, lo acarició tenuemente como a un niño en sus manos y dejando un beso en la pana convexa, María obedeció el llamado y voluntariosa se dejó llevar con un gesto de alegría, sabiendo que pronto posaría junto a Manuel bajo el flash de las estrellas en la inmensa bóveda celeste como aquella foto inolvidable de la sala, donde ahora el polvo ceniciento había empezado a subir y la humedad a patentar su autoridad.

En la mañana, un señor de terno negro, llegó a la puerta de la casa y casi de puntillas mirando a los costados colocó un letrero con una nota breve: "Propiedad en litigio".

Degustación

Jesús Vega

En el reposo del amor, y luego de una jornada agotadora y plena, ella pregunta:

-¿Te gusta la «papa a la huancaína»?

- Sí, tanto como la «huanca a la papaina...»

... Y para corroborar lo dicho, tuve que repetir el plato...

Marcelino

(Cuento ejemplar)

Luis Gallegos

Marcelino Torres, terminó satisfactoriamente su profesión en la facultad de educación de la Universidad del Altiplano. Su importante tesis de grado que trata sobre cultura popular la sustentó con gran precisión.

Entre las fábulas que aprendió de su profesor, el catedrático de literatura peruana, fue el pleito que sostuvieron entre el gallo y el pucu-pucu.

Marcelino, un joven de padres mestizos que viven en la ciudad de Puno, en el barrio Independencia, llevaba en su mente esta fábula que escuchó y aprendió de su profesor. Ahora, al egresar de la Universidad, pensaba trabajar como profesor en algún colegio de la capital del departamento, o en otra ciudad, capital de un distrito. Esta esperanza se frustró, al ver que centenar de profesores hacen cola en la puerta de la Dirección Regional de Educación.

Marcelino, decepcionado, busca en su mente alguna otra idea que le ayude a empezar a trabajar. En sus noches de desvelo recordó que, hace meses, había leído con gran interés el libro, *Cazador de Gringas y otros cuentos*, escrito por el prestigioso narrador Mario Guevara Paredes. Libro editado por la Municipalidad de la ciudad de Qosqo y con posteriores traducciones al inglés, alemán, francés, ruso, portugués e italiano.

Puso fin a sus cuitas Marcelino y comunicó a sus padres, que a partir de esa fecha iba a trabajar como "brichero" guiando gringas en la ciudad, mientras se producía una vacante en algún colegio. Sus padres aceptaron la propuesta del hijo, porque lo vieron con mucho interés, empezar a trabajar.

Amaneció en la ciudad con un cielo despejado, con sol radiante, una ligera brisa soplaba del lago. En la madrugada, Marcelino, se remojó en la ducha de la pileta del patio de su casa, luego se miró en el espejo y el espejo le devolvió la imagen de un joven alegre, de piel centrina, ojos algo oblicuos, pómulos salientes, nariz curvada, boca grande, con dientes blancos bien formados. Volvió a preguntar su físico al espejo y el espejo le devolvió la misma imagen, entonces Marcelino se puso su mejor traje y salió a la calle en busca de gringas, que a veces se encuentran sentadas en algún banco de la plaza de armas o en el parque Pino. También en algún restaurante de la calle Lima. Buscó esta oportunidad todo el día y parte de la noche. Marcelino, dijo: "Martes no te cases ni le embarques". Con esta sentencia se fue a la cama y pronto pescó el sueño.

A la mañana siguiente despertó alegre, riendo a carcajadas, porque era miércoles y recordó el sueño: "Caminaba por una ancha avenida, de una ciudad desconocida. La avenida con gigantescos árboles y hermosas flores. En sentido contrario venían cuatro bellas gringas, todas ellas llevaban ropas ligeras hechas de una tela transparente, que permitía mostrar hermosos senos, torneadas caderas y exquisitos pompis. Estas cuatro jovencitas se abalanzaron a mis brazos y empezaron a besarme y hacerme cosquillas, por eso, cuando desperté, reía a carcajadas".

Marcelino, esta vez no se miró en el espejo y salió apurado a la calle, exacto en la plaza de armas, frente a la catedral, encontró a una gringa sentada en un banco y leyendo una revista. Marcelino la filió y dijo: "Dos hervores, está bien para empezar". Se alisó el cabello y se sentó a su costado. Ella muy contenta aceptó la compañía de Marcelino y le dijo que se llamaba Jenny y era belga. Marcelino también le dijo su nombre y era sociólogo, a lo que Jenny contestó, que antropóloga. En ese instante Marcelino recordó las enseñanzas de su profesor de literatura peruana y le contó a Jenny el pleito que sostuvieron el gallo con el pucu - pucu.

La gringa Jenny muy contenta escuchaba la historia narrada por Marcelino. Entre sí, Jenny pensaba, que el español aprendido en México le servía muy bien para comunicarse. Marcelino explicaba que el gallo venía de España, traído por los conquistadores, en cambio, el pucu-pucu es nativo de los llanos andinos. Un día con gran sorpresa escuchó otro canto algo ronco y vio que era el gallo afueraño el que cantaba. Ambos entraron en disputa. El pucu-pucu le dijo al gallo vamos donde el juez. Ambos rivales acudieron al juzgado en lo penal. Los quejosos buscaron a un picapleitos en la calle Puno, a un costado de la catedral y cada quien se hizo redactar su alegato, luego los escritos llevaron donde el escribano, para que haga los trámites de ley. El gallo al regresar a su casa se encontró con el ratón y le contó su problema. El ratón le ofreció ayudar al gallo y fue al juzgado a robar el escrito del pucu-pucu. En el comparendo, el juez, no encontró la queja del pucu-pucu y le dio la razón al gallo. Desde entonces el gallo es el reloj que anuncia el amanecer del nuevo día.

Este relato le gustó mucho a la gringa Jenny y le invitó almorzar a Marcelino en el restaurante Don Piero. Por la tarde caminaron por las calles de la ciudad, Marcelino le ayudó a Jenny a tomar fotografías de los lugares más bellos de la ciudad. La gringa Jenny, en recompensa le invitó cerveza a Marcelino. Por la noche fueron a cenar a la Casona, toro por cuenta de la gringa, quien pagó los gastos que hizo Marcelino.

Al terminar la cena, Jenny le dijo a Marcelino: «vamos a mi hotel el Monterrey, mi habitación es el N° 3». Al llegar, Jenny abrió la puerta e ingresaron. Prendió la luz de la habitación y la gringa se despojó de sus vestidos de y tomó la forma de un gringo viejo. Le obligó a Marcelino a acostarse con él y empezó a acariciarle el trasero y lo violó por el recto. Marcelino, por primera vez, sintió un gusto extraño, pero agradable. Desde entonces usa aretitos y trencitas. Se hizo tatuar en los senos con figuras de sirenas y en el culo con la figura de Leda y su cisne. Ahora Marcelino, camina por las calles en la ciudad al asedio de los gringos y gringas. Para algo le sirvió lo que aprendió en la Universidad de su profesor de literatura peruana.

NOTICIA DE LOS AUTORES

Miguel Garnett Johnson, (Londres, 1935). Completa estudios para el sacerdocio, 1962-1965, y es ordenado sacerdote en 1965. obras: *Rondo*, *Catequil*, *Huellas Andinas*, *Cañadas Oscuras*, *Tiempos van ... tiempos vienen*.

David Elí Salazar (Cerro de Pasco) Ha publicado el cuento *Allá abajo*, *Las botas de jebe*, *Destinos inciertos*.

Héctor Meza Parra, (Jauja) Obras: *Emboscada*, *Viejo rabo verde*.

Sandro Bossio Suárez, (Huancayo) ver números anteriores.

Luis Gallegos, (Puno) ver números anteriores.

Esteban Quiroz Cisneros (Cajamarca) Promotor cultural, poeta y editor de *Lluvia editores*.

Andrés Jara Maylle (Huánuco) Obra: *Entonando retornos*.

Augusto Rubio (Chimbote)

César Gamarra, (Lima) Obras: *No me digas que muy tarde*, *De qué se muere*, *Canto de Pitsitsiroiti*.

Daniel Mathews (Chilca-Lima) Obras: *Vientos*, *La Paideia Retrógrada*.

Félix Huamán Cabrera (Canta-Lima) Obras: *Por la nieve habían venido*, *Agomayo*, *Agua en Canta*, *Del amor y sus días* entre otros.

Jesús Vega Priale (Huancayo) Músico y Poeta. Obras: *Palabra trubal a los maestros* y otras.

Enrique López albújar (Chiclayo) Obras: *Cuentos Andinos*, *Matalaché*, *De mi casona*, *El hechizo de Tomayquichua*

Agradecemos al Instituto Nacional de Cultura de Junín por proporcionarnos las fotos de la obra pictórica de Guillermo Guzmán Manzaneda.

CIUDAD LETRADA

Revista mensual de arte y literatura editada y producida por EDIMUL S.A

Huancayo, 1° de Diciembre de 2001, 014

DIRECTOR
Manuel J. Baquerizo B.

DIRECTOR (j)
Nicolas Matayoshi M.

EDITOR
Abel Montes de Oca P.

ARTE Y DISEÑO
Abel Montes de Oca P.

COLABORADORES

Sandro Bossio
Sergio Castillo
Ana Espejo
Luis Gallegos (Puno)
Daniel Mathews (Lima)
Carolina Ocampo
Ricardo Soto
Zein Zorrilla (Lima)
María Teresa Zúñiga

AUSPICIA
Centro de Capacitación
«J.M. Arguediano»

CORRESPONDENCIA
ciudadletrada@latinmail.com
gemanica@terra.com.pe

IMPRESIÓN
EDIMUL S.A.
Jr. Moquegua, N° 268, Tel. 211299
Huancayo - Perú

Queridas lectoras, estimados lectores

Esteban Quiroz Cisneros

Reflexiones leídas el 19 de octubre del 2001 en el Estadio de San Marcos ante tres mil personas, con ocasión del Día de la Lectura, dedicadas con afecto y respecto al maestro Manuel J. Baquerizo quien propicia apasionadamente el hábito de la lectura.

Queremos que un profundo nacionalismo brote de los poros del Perú que en 180 años de vida republicana ha tenido dictadura y miseria, corrupción y barbarie y muchísimo engaño. Nuestro mal es de una histórica falta de comunicación. No tenemos un rostro educativo que nos identifique como un país civilizado. No estamos dotados de una democracia estable. Nuestro Estado se apaga cada cinco años sin haberse encendido. Al final de cada gobierno, siempre tenemos una profunda decepción.

Parecemos un rompecabezas, que no logra reconocer sus piezas porque estamos entre un feroz periodismo chicha y una televisión nacional que nos descerebra; en mitad de la patria se halla la Educación Peruana, temblando por la indiferencia de cada gobierno, que llega al poder para solucionar problemas económicos y judiciales que nunca resuelve. En el Perú, poquitas escuelas tienen bibliotecas. Estamos repletos de casas de juegos, discotecas y cada día se inaugura una nueva cándida, jamás una nueva librería. Estamos sin posibilidad de agruparnos para conversar y discutir, que este evento sirva para conversar inteligentemente e intercambiar nuestras lecturas con felicidad y provecho.

Ayacucho tiene una población de aproximadamente 200,000 habitantes, pero tiene la triste cifra de 230 pandillas escolares. Lima con nueve millones de habitantes es una ciudad insegura, cuando se juega un partido de fútbol sus calles son nerviosas, inestables y peligrosas. Ferozes barras bravas se pasean escoltadas por la policía.

Seguimos siendo una colonia, aunque a muchos esta verdad nos moleste. Capitales de otros países vienen a establecer sus ferias comerciales con nuestros propios productos. Leemos con el servicio de luz, que es nuestra, pero que otros la administran. Nuestra prensa y televisión cotidianamente nos mal educa. Nuestra comunicación telefónica es una nueva encomienda colonial.

Que se reinicie la construcción de la nueva sede de la Biblioteca Nacional del Perú que es la *casa del libro a medio construir*; reconstruyamos la casa de Guaman Poma de Ayala en San Cristóbal de Sotomayo en Ayacucho que es *casa a medio destruir*. No tenemos industria editorial en el Perú, si queremos tener memoria colectiva, pidamos respetuosamente que esto suceda. La lectura nos va a defender como el mejor ejército. El libro en contacto con hombres y mujeres siempre nos hará libres. A 469 años de hablar y escribir en español aún no tenemos una *Ley del Libro*.

Es necesaria y urgente una franja educativa gratuita en los canales de televisión peruana. Un Estado inteligente propiciaría este espacio. Es obligatoria, esta franja, por la calidad deleznable y perjudicial de la radio, televisión y prensa peruana.

Este proyecto no tiene presupuesto pero el rostro de cada uno de nosotros, hace que el Perú tenga un rasgo de esperanza. Sobre este gramando de la civilización se ha iniciado el segundo tiempo de un espléndido partido: abran sus libros -o enciendan sus pantallas-, la lectura como una cortina de párpados abiertos sólo representará el progreso; no un acto teatral de él.

Por eso, maestros, jóvenes y niños no tenemos otra alternativa: *Leer para no callar*.

Guillermo Guzmán Manzaneda:

La Bohemia de los Colores

Nicolas Matayoshi

En la primera plana d'El Comercio de su edición correspondiente al Martes 17 de Junio de 1986, el periodista Walter Lazo García escribió:

"Ha muerto el pintor Wanka Guillermo Guzmán Manzaneda. Su corazón dejó de latir la noche del domingo, privando a Huancayo de su más alto exponente plástico, conocido internacionalmente... Los cristos del camino lloran por él."

Refiriéndose al pintor, el sacerdote mexicano de la Orden Franciscana José Mujica, dijo: "... es un gran pintor que he admirado mucho por años, y pertenece sin duda a la poderosa generación de los que han encontrado en el pueblo peruano la verdadera vena de su inspiración limpia y colorido propio. Su gran capacidad ha sido ocultada en la paz alejada de los torbellinos profesionales. Merece que su patria reconozca y premie su modesta perseverancia..." (1)

¿Quién es este notable pintor que el Municipio de Huancayo rinde homenaje bautizando con su nombre la galería de arte municipal perpetuando su memoria? El pintor Josué Sánchez cuenta que nació "un 1ro. de enero de 1913 en esta ciudad, siendo el tercer hijo de cuatro hermanos; sus padres fueron Don Bernardo Guzmán, natural de Cerro de Pasco y la huancaina Doña Ricardina Manzaneda Morón de Oca" (2)

En una entrevista concedida a la revista "Variedades" del diario "La Crónica" el artista dijo "Aunque desde los seis años pinto. Mi encuentro formal con el arte se dio cuando, al jugar en una de las plazas de Huancayo, vi a una señora que pintaba en medio del parque. Me acerqué y observé detenidamente lo que ella hacía. Cuando notó mi presencia me preguntó si gustaba de lo que ella hacía, por supuesto que asentí... al final terminé llevando su caballete hacia el hotel. Cuando vi lo que pintaba a los habitantes de mi Huancayo deseé hacerlo también... era la pintora Julia Codesido" (3)

"Desde muy niño, Guzmán empezó a sumergirse en el universo de la pintura. Al principio fueron las paredes de las callejuelas de Huancayo..." (4)

Manuel Baquerizo, quien lo ubica como integrante del grupo fundador de los artistas plásticos del valle del Mantaro, (5) dijo "De mis años escolares sólo guardo el más cálido recuerdo de la presencia del pintor Guillermo Guzmán Manzaneda, quien era mayor que yo... es uno de los pintores más populares de Huancayo; en su tiempo fue la personificación del artista bohemio, con todas las connotaciones que esta expresión tiene para el vulgo: trasnochador, desordenado y holgazán. Por esta automarginación y aislamiento y por su entrega total al arte, podría ser comparable con el hoy famoso Víctor Humareda" (6)

Al respecto, Guzmán confesó que "Mi juventud se pierde en el monte. En Lima he sido bohemio. No quiero mentar aquí a otros pintores, ni a borrachos de cantina que poco o nada han aportado a la pintura, que no han dejado ni obra de valor ni enseñanza para sus discípulos..." Guzmán vino por primera vez a la capital un 27 de Julio de 1933. Dos días antes se había inaugurado el Bar Zela... El pintor Sabogal tenía una acuarela en su taller que era mía. Cuando llegó Walt Disney a Lima y fue a ver a Sabogal. Se quedó mirándola y le preguntó quién la había pintado. Sabogal le respondió que era de un alumno suyo... Me compró cuarenta acuarelas... (y) me recomendó... que siga pintando los temas peruanos..." (7)

El notable crítico de arte Eduardo Moll afirmaba que: "... es el mejor acuarelista peruano desde Pancho Fierro hasta nuestros días..." (8) También, el escritor César Lévano tiene palabras elogiosas: "... es el viril señor de los colores y formas; ofrece a su gente la imagen de una búsqueda y esa esperanza iluminada por otros sueños no menos terrestre... No sorprende que él pueda encontrar los socavones del sentimiento popular..." (9)

Porque, como escribe Josué Sánchez: "Hay dos clases de artistas. Los que van al fondo de las cosas y los que emboman en las apariencias; los que se atormentan buscando la verdad, comprendiendo que son parte de una sociedad y los que evaden su realidad en partos fáciles y rápidos; los que se expresan en su propio lenguaje y los que recurren lo ajeno. En el camino de los primeros, hallamos a nuestro pintor..." (10) Diciéndonos: "Para salvar esta situación miserable, el pintor, cualquier artista en general debe

participar políticamente, para levantar los ánimos de un Perú poderoso, que es poderoso y que seguirá imponiéndose con gran personalidad; entonces surgirá la pintura peruana... el arte peruano... la poesía peruana..." (11)

Guillermo nos decía "Hablando de mi pintura, te puedo decir que todavía no he encontrado un hilo plástico para seguir esa línea, fortaleciendo mi personalidad. Otros se ubican en ismos, yo no. No quiero engañar con ismos, porque son fácilmente descifrables. Estoy pintando el color, que es lo más importante, la infinitud de colores enmarcados en el drama del dolor de nuestra gente, habitantes del ande..." (12)

De nuestro pintor, escribió el periodista Guillermo Fowks "... es tal vez uno de los pocos pintores peruanos que tiene como tema de su actividad artística el propio terruño, sus costumbres y vivencias. Ha plasmado casi todos los cristos que se veneran en los pueblos de las sierritas huancas..." (13) y tal vez por ello, sus pinturas se encuentran en el Salón de los Independientes del Museo de Louvre, en las galerías de los herederos del magnate americano Howard Hughes, en la galería de David Rockefeller, en la Eyes Gallery de Philadelphia y en colecciones particulares.

"Recluido en su casa solariega de Huancayo, indiferente por convicción, y por un estilo de vida que ya dura medio siglo, Guillermo Guzmán Manzaneda un nombre apenas conocido por los que siguen muy de cerca el movimiento pictórico peruano recibe de vez en cuando algunos extranjeros en su galería particular..." (14)

Desde entonces, afincado en su lar natal, vivió profundamente su vocación y profesión de pintor, tomando la temática popular, que le hizo lograr su mayor cumbre pictórica con su serie de Cristos Populares. "Qué distintos son los Cristos de Guzmán, reflejan vivamente. No son los cristos celtas o hermeses brotados de los pinceles del Greco, Velásquez o Murillo. Los de Guillermo son Cristos concebidos a imagen y semejanza del campesino y de los humildes que habitan el inmenso y poblado valle del Mantaro, por donde la nostalgia del artista transita constantemente en busca del mensaje..." (15)

"Un alemán me dijo el otro día. ¿Sabes por qué se conoce a tu tierra en Europa? Por la papa a la huancaina, por Gussmann Manzaneda y por Cochac. Me hizo gracia..." (16)

Y como marco impresionante de su funeral, un cielo huancayo de espectaculares colores presidió el atardecer. "Un paro cardíaco lo fulminó en su atelier..." murió a los 68 años, viendo el paisaje que tanto amó y comenzó a renacer en nuestros corazones, con su poderoso legado de integridad y entrega total al arte.

NOTAS

- 1.- Mistva escrita en Lima, 22.02.73j
- 2.- Sánchez, Josué. "Un Pintor Caminante" en "Sintesis" pg IV, Suplemento dominical del diario "La Voz de Huancayo", 09.04.1978
- 3.- "La Pintura que mis ojos han visto" en "Variedades", diario "La Crónica", 10.10.1976.
- 4.- Marrull, Enoc, en "Variedades" dominical del diario "La Crónica", 1.974
- 5.- Baquerizo Manuel: "La pintura en el Valle del Mantaro y la Región Central", en "Santiago" N° 1/2, pp 58-64; Revista del Grupo Kachkanrajmi UNMSM, Lima, 1987
- 6.- Cf en número anterior de "Ciudad Letrada" N° 13.
- 7.- Marrull op.cit
- 8.- Cf. Marrull, op.cit.
- 9.- Lévano, César. "Lo sagrado y lo profano" en la Revista "Caretas" N° 506 pg 33 Lima dic. 1974
- 10.- Sánchez, op. cit
- 11.- Matayoshi, Nicolas, "Cerro de Pasco en una visión plástica" en Tarma. Revista de Cultura N° 2, pp 77-78, Lima, Oct. 1980.
- 12.- Matayoshi, op. cit
- 13.- Fowks, Guillermo. "Gussmann, un pintor que es cronista de su pueblo" en "La Hora", Lima 06.02.82
- 14.- Marrull op.cit.
- 15.- Ordóñez, Carlos, "Guzmán Manzaneda, pintor de los Cristos Pobres" en el "Diario Correo", pág. central, Huancayo, 15.06.1975
- 16.- Fowks, op. Cit.

